Universidad Andina Simón Bolívar

Sede Ecuador

Área de Letras y Estudios Culturales

Maestría de Investigación en Literatura

Mención en Escritura Creativa

Reniego

Sara Nohemí Medina Beltrán

Tutor: Juan José Rodríguez Santamaría

Quito, 2025

Trabajo almacenado en el Repositorio Institucional UASB-DIGITAL con licencia Creative Commons 4.0 Internacional



Reconocimiento de créditos de la obra

No comercial

Sin obras derivadas



Para usar esta obra, deben respetarse los términos de esta licencia

Cláusula de cesión de derecho de publicación

Yo, Sara Nohemí Medina Beltrán, autora de la tesis intitulada “Reniego”, mediante el presente documento dejo constancia de que la obra es de mi exclusiva autoría y producción, que la he elaborado para cumplir con uno de los requisitos previos para la obtención del título de Magíster en Literatura, Mención en Escritura Creativa en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

1. Cedo a la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, durante 36 meses a partir de mi graduación, pudiendo por lo tanto la Universidad, utilizar y usar esta obra por cualquier medio conocido o por conocer, siempre y cuando no se lo haga para obtener beneficio económico. Esta autorización incluye la reproducción total o parcial en los formatos virtual, electrónico, digital, óptico, como usos en red local y en internet.
2. Declaro que, en caso de presentarse cualquier reclamación de parte de terceros respecto de los derechos de autor/a de la obra antes referida, yo asumiré toda responsabilidad frente a terceros y a la Universidad.
3. En esta fecha entrego a la Secretaría General, el ejemplar respectivo y sus anexos en formato impreso y digital o electrónico.

30 de junio de 2025

Firma: _____

Resumen

Este trabajo creativo, titulado *Reniego*, explora la experiencia del trauma, la violencia y el silenciamiento social en torno al sufrimiento femenino, utilizando la escritura ensayística y narrativa personal como principal herramienta de resistencia y autodefinición. En relación con el marco crítico, dialoga con las representaciones culturales que estetizan y silencian el dolor de la mujer, contrastándolas con referentes de resistencia y apoyándose en conceptos como el de víctima sacrificial. Se considera que el propio acto de *renegar* a través de la escritura es el elemento central que materializa una voz cruda, incómoda y disruptiva frente al silencio impuesto social y religiosamente. El proceso creativo consistió en desarrollar textos híbridos que entrelazan memoria personal, reflexión íntima y crítica cultural; evolucionando desde una intención ensayística inicial hacia formas donde la narración testimonial cobra protagonismo. La argumentación parte de la confrontación con el modelo socialmente deseado de la mujer doliente pasiva y la estetización de su tristeza, proponiendo una ruptura activa. Se sostiene que la escritura del *reniego* constituye un acto político de irrupción y resistencia personal contra la expectativa del silencio, rechazando explícitamente el rol de víctima sacrificial. El enfoque deliberado es la expresión auténtica, a veces caótica y violenta, del dolor, la rabia y la fragmentación identitaria postrauma, gestionando la crudeza para evitar el morbo sin diluir la experiencia. Se concluye que las estructuras sociales perpetúan la violencia al requerir el silencio o la romantización del sufrimiento femenino. El resultado es una colección de ensayos narrativos, personales, híbridos que buscan visibilizar la experiencia traumática sin filtros, funcionando como testimonio explícito, acto de sabotaje al silencio impuesto, rechazo a la perfección esperada y proceso de reconstrucción del yo a través de la palabra escrita.

Palabras clave: víctima sacrificial, ensayo híbrido, memoria personal, violencia de género, cuerpo, mujer

A mí y a ti.

Agradecimientos

A mi profe Juan José Rodinás por la paciencia que tuvo conmigo, por abrazar mi escritura y mi *Reniego*.

A Edison por su confianza, a Elking por la comprensión.

A Abril, por acompañarme.

A Sebastián por la amistad.

A Andrea y Mabel porque lo vivieron conmigo.

A mi papá y mi mamá.

Tabla de contenidos

Figuras 13
Introducción 15
Reniego 25
Espejos 25
Morir y vivir 29
¿Recuerdas? 33
Perfección 37
Culpa 42
El caballero blanco 45
Soraya - Dolor 48
Lapidación 53
Purificación y fuego 57
Ofrenda 61
Ostracismo 70
Dormir 74
Obras citadas 80

Figuras

Figura 1. Reniego, 2018. Videoarte de Filip Ćustić Braut. 28
Figura 2. Trenzas, 2018. Fotografía de Sara Medina. 33
Figura 3. Obra The flame of contemplation, 2021. Autora: Laura Makabresku. 37
Figura 4. Saint Olga, 1901. Pintura para mosaico de Nikolai Alexandrovich Bruni. 38
Figura 5. Dolorosa III, 2017. Escultura de Juan Vega. 44
Figura 6. Boadicea arengando a los britanos, 1793. Pintura de John Opies. 46
Figura 7. Soraya durante la lapidación, 2008. Fotograma de La lapidación de Soraya M. dirigida por Cyrus Nowrasteh. 50
Figura 8. Manos de Soraya durante la lapidación, 2008. Fotograma de La lapidación de Soraya M. dirigida por Cyrus Nowrasteh. 51
Figura 9. Soraya después de la lapidación, 2008. Fotograma de La lapidación de Soraya M. dirigida por Cyrus Nowrasteh. 51
Figura 10. Magdalena penitente, 1864. Pintura de Antonio Ciseri. 53
Figura 11. Jauhar, 1567. Ilustración según lo representado por Ambrose Dudley en Historia de las Naciones de Hutchinson, 1910. 59
Figura 12. Los abuelos de la Rinconada, 2010. Fotografía anónima. 61
Figura 13. Pintura Agnus Dei, 1635-1640. Fuente: Francisco de Zurbarán, San Diego Museum of Art. 63
Figura 14. Pintura Agnus, 2022. Fuente: Konstantin Kolobov. 65
Figura 15. María, madre de Jesús, 2004. Fotograma de La pasión de Cristo dirigida por Mel Gibson. 66
Figura 16. Óstraca (fragmentos de cerámica usados como fichas de votación) con los nombres de Pericles, Cimón y Arístides (de arriba hacia abajo), s/f. Fotografía del Museo del Ágora Antigua en Atenas. 72
Figura 17. Las cuatro cuerdas del violín, 1914. Pintura de 1914. 75

Introducción

Es evidente que desde el título de este escrito no se puede esperar menos que una queja, palabras fuertes, ofensivas; para quienes fueron parte de la misma iglesia que yo, tal vez pueden considerar que lo que escribo configura una blasfemia. La idea de encontrar una gran y constante queja me desagrada hasta a mí, pero si es lo que produce, poco importa, es lo que es. Quizá uno de mis grandes fines fue siempre incomodar y no hay nada más incómodo para la sociedad que una mujer quejándose mediante una verborrea de más de 30 páginas. Hay miles de razones por las que se repudia a una mujer quejándose: históricamente se nos fue dado un rol pasivo, de cuidado y silencio; es una disrupción del orden natural porque, aunque la gran marea de historias de violencia visitaron las redes, todavía se aconseja callar ese tipo de cosas; hay aún mucha desestimación de la voz femenina, nadie puede ni podrá decirme lo contrario porque aunque yo tenía pruebas de la violencia que viví, estimaron más la versión de un profesor (todavía hay personas en esa posición); etc. Estas razones son las mismas por las que quiero gritar lo que mantuve en silencio por cuatro meses. Me quiero quejar, devolver la violencia que me aplastó. Es esto: gran queja, reniego, capricho, dolor. Esas fueron las palabras que más repetí mientras me bañaba al pensar en este texto en todo este tiempo.

Tengo la seguridad de que en este tiempo solo hay una manera aceptada por el sistema para poder visibilizar la violencia, la depresión o la simple tristeza de una mujer y es bajo la romantización de la figura de cierta mujer triste. Una, con toda una caracterización. Claro, tiene un perfil muy definido: callada, pálida, delgada, tumbada en un tejado, recibiendo el crepúsculo, mojándose bajo el suave toque del rocío mientras el rímel se diluye, dejando un look menos prolijo, pero bello. O como las santas, cuyas imágenes se usaron para que todos internalicemos la belleza aleada con la pasividad, las bellas santas que no se inmutaban si las quemaban vivas como le sucedió a Santa Lucía. La tristeza femenina debe ser limpia y silenciosa; sobre todo, es perfecta cuando la mujer está muerta, no hay mujer que pueda ser más idealizada que aquella que está muerta. Esto perdura, ha germinado en la sociedad y no parece haber manera de arrancarla.

La pasividad es un aspecto atribuido a las mujeres y es deseable, la tristeza es concebida como parte de la belleza para las mujeres. De hecho, el arte está lleno de imágenes de mujeres tristes, sentadas, con la mirada perdida y muy pálidas; obviamente para consolidar este principio y presentarlo como algo aspiracional. Claramente, nadie las

ayuda. Para empezar, quisiera pensar en Ofelia, un ejemplo de lo clásico, su locura que fue desencadenada por tristeza, la hacía recoger flores y cantar canciones de amor. El día en el que muere, protagoniza una de las escenas más memorables de *Hamlet*, semilla para un montón de representaciones donde nadie lucha en contra de la muerte, el dolor y la destrucción; en cambio, es bello:

> GERTRUDIS:
> Hay un sauce que crece torcido sobre el arroyo, y muestra sus hojas grises en el cristal del agua. Allí fue, con extrañas guirnaldas de ranúnculos, ortigas, margaritas y esas largas flores púrpuras a las que los pastores groseros dan un nombre obsceno, pero que nuestras castas doncellas llaman 'dedos de muerto'. Ella, al trepar para colgar su corona de flores en las inclinadas ramas, una envidiosa astilla se rompió, y sus trofeos y ella misma cayeron al lloroso arroyo. Sus ropas, extendidas, por un tiempo la sostuvieron como una sirena, mientras cantaba fragmentos de viejas tonadas, como ajena a su propia desgracia o como criatura nacida en ese elemento. Pero esto no duró mucho, hasta que sus vestidos, pesados por lo que absorbían, arrastraron a la pobre de su melodía a un fango mortal. (Shakespeare 2009, 174-175)

La belleza de esta tristeza radica en que la hace andar por flores, cantando sobre amor y no sobre su dolor. Por último, la tristeza de Ofelia termina ahogándola en medio de flores y sauces, pareciendo ser una bellísima sirena. ¿Qué mujer no quiere morir así? Así, para que todos vean belleza, pero nadie se moleste en ayudar. A la sociedad no le interesa el sufrimiento real de la mujer —que es crudo, ruidoso y desesperado—, sino una versión romantizada y silenciosa. La muerte de Ofelia, ahogada entre flores y cánticos, se convierte en un cuadro, en una imagen poética. Se la despoja de su humanidad y de la violencia de su muerte para convertirla en un objeto estético. La 'belleza' de la escena sirve para hacer el dolor femenino digerible y hasta disfrutable para el espectador, en lugar de ser algo que lo confronte o lo obligue a actuar.

La pasividad impuesta por la sociedad es fundamental para que el sistema mismo funcione. La transformación del sufrimiento en un espectáculo bello absuelve a la sociedad de su responsabilidad. Si la mujer que sufre es pasiva, la tragedia se percibe como algo inevitable, casi natural, en lugar de un evento que podría haberse evitado. La inacción del espectador se justifica porque intervenir sería romper el orden natural del destino. Sería ensuciar el cuadro de una santa. En su obra fundamental *La violencia y lo sagrado*, René Girard propone que el origen de la cultura y la religión reside en la gestión de la violencia intrínseca a la humanidad, la cual nace del deseo mimético que inevitablemente conduce a la rivalidad. Lo que Girard quiso decir es que, para evitar su autodestrucción, la comunidad expulsa esta violencia sobre una víctima propiciatoria,

cuyo sacrificio trae la paz y la convierte en el fundamento de lo divino. Así es como expresa: “La violencia y lo sagrado son inseparables” (Girard 2005, 27). Es por este mecanismo que las mujeres entran en este rol, en el papel de víctima silenciosa, dado que el éxito depende de que no se responda con más violencia y que se acepte el hecho violento.

Es precisamente porque la sociedad requiere de estas víctimas propiciatorias que históricamente ha colocado a la mujer en una posición de otredad, esperando de ella conductas que son casi irreales. Esta otredad, en algunos casos, no significa ver a la mujer como un ser inferior como en antaño, significa que representan otro ente que no se adhiere al sujeto universal que se asume masculino. Aunque existan muchos movimientos que redefinen a la mujer para dar más libertad, es imposible negar que se intenta entablar estándares de belleza imposibles de alcanzar o expectativas en el comportamiento igual de exigentes. No es difícil escuchar que los hombres únicamente quieren una mujer que dé paz, quieren una mujer que no se queje por todo. Y claro, después del gran márquetin que tiene el amor romántico, no pocas mujeres piensan que deben alcanzar estos estándares. No obstante, no es el único espacio en el que se puede vislumbrar esta realidad.

Recuerdo que cuando tenía quince años, en una clase de literatura, en medio del barullo inicial, alguien intentó tirar a la basura pedazos de fomis que yo planeaba usar para un presente para mi mamá. Cuando alcé un poco la voz para pedirle a mi compañera que no la tirara a la basura, el docente dijo: “lo que más me disgusta son las mujeres bulliciosas, no hay cosa más fea que eso”. Mis compañeros varones podían ser bulliciosos, claro, nadie les dijo que no. Es innegable que situaciones como la que tuve con mi docente condicionan para esperar lo mismo. Cuando una figura de autoridad como un profesor castiga públicamente una conducta en una mujer, mientras la tolera en los hombres, no está simplemente dando una opinión. Está impartiendo una lección normativa: 'este es tu lugar, y este es el comportamiento aceptable para ti'. Este tipo de evento funciona como un condicionamiento social: se asocia un comportamiento natural con una consecuencia negativa, enseñándonos a esperar la misma reacción negativa si repetimos esa conducta en el futuro. Lo que me ocurrió es uno de los tantos escenarios que se dan aún, esto pasó hace no mucho tiempo, y al menos cincuenta estudiantes se llevaron una gran lección sobre el silencio femenino. Quiero rescatar una cita de *En tierras bajas: “*Las mujeres hablaban susurrando al encontrarse en la calle, y hundían aún más la cara en sus pañuelos huesudos y empezaban a parecerse entre sí” (Müller 2009,

36). Si bien la cita que tomo, se encuentra en un libro cuyo contexto es una dictadura; no significa que es un comportamiento aislado a este contexto. Las mujeres y no los hombres, mujeres de cualquier edad deben aprender que el silencio es fundamental para que una mujer sea menos molesta, para que la vida funcione dentro del sistema, aunque sea una dictadora. Se espera que la mujer se encierre en sus propias crisis y que se quede atrapada en sí misma, siempre en silencio. Por eso, mi texto irrumpe en estos principios.

Ahora bien, volteándome a un pasado no tan alejado, estaba pensando también en algunas películas modernas y populares como *Las vírgenes suicidas* de Sofía Coppola, una gran directora y muy famosa por producciones como *Priscilla* y *María Antonieta*. La película trata de un grupo de jóvenes que narran la historia de cinco hermosas adolescentes que viven en un contexto conservador, parecido a un claustro, que terminan suicidándose una a una. Estos chicos leen los diarios de las chicas como si fuera una antología poética y las piensan como criaturas etéreas que no deberían pertenecer a este plano tan mundano, vestidas de rosa y flores. Ellas no tienen voz; son un lienzo en blanco sobre el cual los narradores pintan su propia fantasía de un amor trágico y una belleza demasiado pura para este mundo. A través de este filtro masculino, se les niega la realidad de su dolor. Se concibe el sufrimiento y su misma muerte como un acto poético; tal como con Ofelia; este sufrimiento casi las beatifica. Claro, este sufrimiento bañado de sol, acompañado de peluches, tonos rosas y cálidos, donde se eliminan los gritos y las quejas que delatarían la horrible realidad de su desesperación. Y hay que mencionar que los suicidios son violentos, desesperados y feos. Todo se narra sin sobrepasar lo entendido como correcto dentro de las buenas maneras, porque las mujeres deben ser incondicionalmente delicadas, ni siquiera su agonía puede permitirse ser disruptiva.

Lo terrible es lo aspiracional que es esta figura, las mujeres estamos sujetas a este estándar, es increíble lo deseable que es y que hay personas que activamente desean a mujeres sufriendo como las hermanas Lisbon, en cuartos rosas, escribiendo, mientras una lágrima cae lentamente en sus manos o como Ofelia, envuelta en flores, reencarnando una sirena, ahogada… ¿Quién realmente se ve así de bien sufriendo? ¿Quién podría mantenerse tan serenamente bella mientras se sufre de depresión? Nadie. Esto se debe a que en estos ejemplos podemos ver que nada de lo que se narra sobre estas mujeres tristes está narrado por ellas mismas. La muerte de Ofelia fue descrita por Gertrudis, donde la función de su discurso no es informar, sino consolar a la corte y estetizar un evento traumático para hacerlo soportable, la maquillar a Ofelia, aterrorizada y ahogándose; y la vida de las cinco vírgenes suicidas fue narrada por un grupo de adolescentes que no vivían

lo que ellas ni con ellas. En ambos casos, se tratan de imágenes, de recuerdos, de velos y flores. No son testimonios, son interpretaciones. Y es en ese espacio, entre la realidad de la víctima y la interpretación del narrador, donde el dolor se convierte en arte, la desesperación en belleza, y la mujer, en un objeto silencioso y perfecto para ser idealizado. En suma, y por si fuera poco, lejos de ser una figura del pasado, el arquetipo de Ofelia o las hermanas Lisbon está más vivo que nunca en la cultura digital de 2025 bajo la etiqueta de la 'Sad Girl Aesthetic', un término que nació y se desarrolló orgánicamente a través de la cultura de internet y las redes sociales. Se originó a partir de millones de publicaciones que romantizan la depresión y la tristeza femenina a través de una imaginería muy específica. El hecho de que esta figura sea 'deseable' se evidencia en su comercialización. El sufrimiento se convierte en un accesorio de moda, en una pose.

Es aquí donde realmente entra mi *Reniego,* es en este punto donde entra mi necesidad de escribir. Quizá es común escribir de lo íntimo, pero siempre quise decir lo mucho que reniego de mi suerte y lo mucho que he rechazado el pasado que me pisa los talones. Creo que mi texto puede considerarse como una irrupción al silencio que se desea para mí. Es mi acto de resistencia. En cuanto a la estetización malsana de la tristeza silenciada de las mujeres, no digo que no se pueda usar una estética para representar lo triste o la muerte, no necesariamente debe ser malo. Lo que digo es que debería haber más mujeres que hablen por sí mismas, que tracen su propio retrato de la tristeza sin difuminar la crudeza de sus experiencias. Representarse, así, mostrando la frustración, los alaridos, los gritos, la voz quebrada, creando los actos de resistencia que fueran necesarios. En consonancia a mi deseo, quiero rescatar un ejemplo de expresión de tristeza y violencia que considero que no romantiza o convierte a la tragedia en algo deseable y mal habido, es *El mal querer,* álbum de Rosalía del año 2018. El álbum está inspirado en un libro llamado *Flamenca* del siglo XIV protagonizada por una víctima débil y un victimario fuerte, aunque su álbum cuente esta historia tan antigua, apuesto a que cualquiera habría pensado que es una historia de hoy. La canción cuatro, *Disputa*, pone al oyente como testigo de una escena de violencia. Rosalía coloca elementos sonoros y recursos musicales que te arrastran a la pelea, a la disputa. Las voces rotas, con autotune, representan a la víctima. La canción no deja de ser artística, llena de florituras y bellas melodías, pero tampoco deja de ser cruda. Sabemos que algo realmente está mal y que no habrá remedio. El tono es oscuro y provoca miedo, lo que un golpe es, es un golpe, dolor es dolor. Contrariamente a los otros ejemplos que ya hemos analizado. La autenticidad

del dolor femenino, y lo designo como femenino; no es estético… es caótico, violento, es desgarrador, es incómodo, es real.

En mi *Reniego,* busco ser cruda y una gran queja siempre debió ser el resultado. Esto es solo un abrebocas a lo conflictivo que se vuelve escribir sobre algo que duele, intentar hacerlo de cierta manera y terminar haciendo otra cosa. No se puede disimular el dolor con artificios. En un inicio se pensó este texto como ensayos personales, pero pasó a tener otros componentes que eran irrechazables y que los convirtió en ensayos narrativos, personales, híbridos, que a su vez son narraciones o crónicas personales. Ha sido casi imposible silenciar la narración de mis recuerdos porque es mucho de lo que me queda. Cuando inicié terapia mi fin siempre fue olvidar para vivir bien… pero no se olvida, ni se olvidará. Aceptar que no olvidaré también afecta mi escritura y de la mejor manera. No puedo ensayar sin recordar ni narrar, constantemente mis narraciones tienen más espacio que mis reflexiones, pero a veces no hay mejor forma de ensayar que contando. Considero que de eso se trata, la escritura tal como la quiero presentar es un acto mediante el cual quiero autodefinirme, hacerme a mí misma (sí, estoy sublimando) y mis recuerdos tienen mucho que ver con aquello. De todas maneras, ensayo comparaciones y reflexiones sobre lo que me molesta de mí y mi mundo. Quiero rechazar un guion de mujer doliente, pero sobre todo silenciosa, quise rehacerme; asimismo, creo que terminé rehaciendo el guion literario que quería usar.

Hablando del caos, no quise detener mi lengua metafórica y dejar de expresar la verdadera desesperación que siento, a veces, o sentí y que seguramente sentiré. Me dejé ir con varias partes un tanto agresivas y hasta un poco enajenadas. En muchas partes de mi escrito dejé recorrer mi desesperación, especialmente lo hice con imágenes que vienen de un cierto tipo de delirio; veo personas como Soraya M. de Irán o a la misma muerte y agonía:

> La muerte venía de blanco luna y blanco nube. La agonía venía de negro con un flagrum en la mano. Era para mí, para mi piel contaminada, para que duela, para recordarlo para siempre, para recordarlo toda la vida de lo que se me hizo ese día. Golpe tras golpe, grito tras grito; decidí rendirme y le pedí con desespero a la muerte que me abrace. La muerte me miró y con la poca misericordia que la caracteriza me dijo: NO. La agonía siguió con su tenaz tortura hasta que un gorrión cantó. La muerte paró la tortura, por un momento pensé que me llevaría con ella, pero se levantó y me dijo que me aliste porque está amaneciendo.

Ya que el propósito es incomodar al mundo, me dejé derramar. En la iglesia a la que iba, decían que las mujeres éramos como vasos de cristal frágil y fino que contienen

una inmensa cantidad de virtudes… sin embargo, en mi caso, decidí que no había sentido en seguir con ese rol (y estoy segura de que para nadie). Por eso, dejé de contenerme y, al romperme toda, hablar del inmenso dolor que sentí, hablar de que no estoy llena de virtudes, hablar de mi oscuridad, delirio, obsesiones y de los pensamientos que tengo sin contenerlos dentro del vaso que algún día pretendí ser. A partir de esto quiero decir que yo planeé plasmar todo esto con un sentido estético y, sobre todo, planeaba que sea como una papilla, suave y digerible para cualquier mente; pero parece que no hay belleza en la desesperación. Es complicado encontrar belleza en algo tan incómodo, es imposible tal vez… pero me resigno a ello. Tal vez no resultó tan digerible como esperaba al inicio; no obstante, he desvelado el enigma y cuento mi aflicción de primera mano, sin lectores ciegos y mudos que lo intervengan, escupiendo rabia.

Eso no es todo, volviendo a *La violencia y lo sagrado* de René Girard, una de las revelaciones más importantes para mí fue como las sociedades ensamblan sus bases sobre víctimas que permanecen en silencio. Ser un vaso de cristal dispuesto a contener virtudes entre las que obviamente figura el silencio, también es una forma de ser la víctima perfecta. La mujer que es como dicho vaso, es la mismísima mujer virtuosa, la callada, la que hila, la dedicada al hogar, la que no ve, no oye, solo ríe y se mueve con gracia; la pura, la que no sabe comparar porque no la dejan experimentar, la que es agradable para los profesores porque no hace bulla y escucha, la que calla su dolor para que la sociedad no se tome la molestia de enfrentarlo. Esa es la mujer que habrían preferido cuando denuncié. El silencio de una mujer la convierte en el chivo expiatorio ideal para que cierto grupo pueda descargar sus tensiones y mantener la paz. Las mujeres se convierten en una esponja que absorbe agresión. Cuando yo llegué a denunciar, llegué a conocer tres mujeres y una niña que sufrieron lo mismo que yo, víctimas sacrificiales que mantuvieron el orden hasta ese momento. Romper este molde no ha sido sencillo, aún tiene parte de mí, pero no quiero contenerme para perpetuar el ritual que se necesita para que la violencia y lo sagrado sigan juntos. Uno de mis objetivos es sabotear el mecanismo que hace que mi sufrimiento y el de las demás sea consagrado a algo bello y útil. Desobedezco la ley no escrita que exige a las mujeres sufrir en silencio, convertidas en flores marchitas o santas de lienzo.

Quiero hablar sobre el morbo. Algo de lo que evité hablar, no por mí, sino por lo que podría acarrear, fueron partes con contenido muy violento, especialmente lo que tiene que ver con lo sexual. Entiendo que la visibilización de la crueldad que cometen personas que no deberían estar sueltos en la sociedad es importante. Aun así, decidí omitir

descripciones demasiado detalladas, me cubrí bajo el manto de la insinuación. Prefiero dejar guiños. Sé que cualquiera puede entender lo que ocurre. Preferí desarrollarlo de esta manera porque no quiero que ciertas personas se acerquen a este texto con el afán de encontrar descripciones que estimulen sus deseos más oscuros o que este texto sea una herramienta para fomentar el odio (obviamente sin querer). No quiero que mi texto termine siendo una forma moderna de violencia sacrificial con la cual la sociedad pueda consumir dolor, mío, para purgar su propia crueldad. Ya lo decía Girard: "La violencia constituye el auténtico corazón y el alma secreta de lo sagrado" (2005, 38).

Ahora mismo recuerdo a mi tocaya Sara Millirey González, su muerte fue un golpe durísimo, tuvo especial impacto porque la víctima llevaba mi nombre. Mientras unos nos lamentábamos la muerte tan terrible de Sara, otros expresaban odio… ¿Cómo lo hicieron? Habían difundido un video de Sara en la quebrada agonizando, un fragmento de sus últimos momentos en este mundo; bajo este video en redes, los comentarios se prestaron para soportar el odio de personas que habían buscado el video para insultarla, justificar la tortura a la que la sometieron y para burlarse. Eran como los comentarios xenófobos que se colocaban en las imágenes del conflicto entre Palestina e Israel, de parte y parte. El morbo es el nuevo sacrificio a favor de la sociedad: no quemamos a "Saras" en la hoguera como antaño, pero las repetimos en pantallas, publicaciones y redes sociales, convirtiendo su agonía en un espectáculo que nos exime de responsabilidad, haciendo que cada vez se desensibilice más el mundo. Lo que menos quiero es que se busque el texto con el afán de encontrar esta explicitud y que de ella se devengan situaciones tan aborrecibles como las que aquí expongo. Sinceramente, creo con bastante seguridad que no hicieron falta detalles demasiado violentos; el dolor y la crudeza siguen intactos, solo evité alimentar el hambre de morbo que siempre está presente en esta sociedad.

Vamos a otro tema: los espejos. Amo los espejos, con distintos tamaños, formas, con o sin aumento, de mano, de bolsillo… Siempre me veo diferente en cada uno de ellos. Siento que este texto fue hecho con esta lógica, hay tantas personas mías escribiendo… a veces es la niña que leía la biblia antes de dormir, la niña que copiaba poemas en sus cuadernos, la estudiante ingenua, la mujer obsesiva, la mujer agresiva, la mujer deprimida, la empoderada, la que denunció, la que arañó papeles con amenazas. Muchas veces me pregunté: ¿quién escribe? ¿Quién tuvo estos pensamientos? Soy yo, pero desenterrando a aquella que ríe, a la que llora y a la que incendia. Quiero incendiarme e incendiar todo. Creo que no hace disonancia conmigo misma, pero esta pregunta se da

por las diferentes opiniones y recuerdos que a veces chocan uno con otro. Hay varias partes de mí, la víctima, la loca, la justiciera, la escritora que nace también y que espero que no muera.

Creo que de esto se trató: en un inicio, la escritura era un medio terapéutico y claramente sublimo, es decir, uso mi trauma para hacer algo bueno con él. Al final, hay partes que son más un veneno que una cura, recordar pensamientos y recuerdos asesinos duele. Me encontré llorando, sintiendo el ardor de la garganta que menciono cuando grité frente al mal que me hicieron en ese pasado del que pretendo renegarme, sentí ansiedad y mucha intranquilidad. Era tal como en *La mujer rota* se describía: "Ya no sé nada más. Mi vida detrás de mí se ha desfondado enteramente, como durante esos temblores de tierra en que el suelo se devora a sí mismo; se hunde a nuestra espalda a medida que uno huye. No hay retorno" (Beauvoir 2014, 156). Por ejemplo, cuando leo mi ensayo *Culpa*, a veces siento que ese sentimiento nacido de la parte más oscura de mi ser se asomara cautelosamente a observarme, no nos tocamos, pero sabemos que estuvimos juntas alguna vez. Sinceramente, fue mi propósito que la página sangre conmigo también. Pero tal como ha resultado un poco venenoso sacarlo de mí, espero que sea letal para aquellos que me quisieron amarrar. Quiero que mis palabras funcionen como un grillete de cuello para aquellos que quisieron callarme, que escuchen mis alaridos de manera permanente.

Ser mujer es una suerte bastante compleja. Creo que cualquier mujer puede reconocerse con alguna de mis líneas, pues, aunque no somos las mismas, las grietas que tenemos nos hacen semejantes. Espero que hombres y mujeres puedan comprender que mi escritura no solo llevó consigo un desahogo, también literatura. Es más que necesario decir que muchos textos me trajeron a este punto. No estaría escribiendo si no hubiese leído "*A Margarita"* de Rubén Darío, o si no hubiese leído a Reinaldo Arenas, o Cesar Moro, tampoco sería lo mismo si no hubiese leído a Woolf, o a Pizarnik, o a Vilariño, no escribiría si no hubiese leído *En tierras bajas* de Herta Müller. No es solo un sacrificio, también es un texto un poco conmemorativo a todas las lecturas que me hicieron escribir como escribo. Sobre todo, a todas las mujeres que me acercaron a la libertad y que me legaron el gusto de escribir. No sé cómo me habría recuperado sin la escritura, definitivamente era lo que necesitaba para sobrevivir.

Estas letras son tantas cosas, a veces siento que son araños y a veces caricias a mí. En todo caso, es como un testigo extra, es mi cuerpo plasmado en palabras. Mi vida en 50 páginas o menos. Es necesario aceptar que, muy aparte de terminar mis estudios de maestría con este texto, también es un certificado de defunción de aquella mujer que se

silenció y es un certificado de nacimiento de una mujer nueva, una que está entregada a escribir. Mis manos han permanecido temblorosas todo este tiempo, la inseguridad me ha cobijado por las noches, pero está terminado. Quiero que no olvidaran a esta mujer, la renacida en letras, arrullada en lecturas, la cultivada en esta chacra de literatura y que algunos han aceptado en este espacio, pero sobre todo por mí misma. Quisiera que este texto no se pierda entre los miles que se producen en conjunto, pero me daré por realizada si alguna vez una mujer rota encuentra estas hojas y decide renegar conmigo porque: "Sólo la trascendencia del sistema, efectivamente reconocida por todos, sean cuales fueren las instituciones que la concretan, puede asegurar su eficacia preventiva o curativa distinguiendo la violencia santa y legítima" (Girard 2005, 31).

Escribo porque a veces pienso en que hay tantas mujeres como Soraya M. que no pudieron escribir su defensa, que no tengo más sentido si no lleno páginas de páginas con sus nombres y con el mío. Cada palabra que sale de mis manos a la página la siento como una piedra que devuelvo de mi cuerpo a la sociedad, mientras rechazo el silencio al que quisieron atarme. Ante la indiferencia de tantos actores de sistemas formales, presento mi *Reniego* cuyo poder no reside en la ley, sino en mi voz quebrada. Este texto es la versión oficial que ningún notario querrá validar, que ningún juez aceptará y que ningún abogado lo tomará como prueba. Este es el registro de lo que muchos quisieron negar. Quiero que se deje de canalizar la violencia por medio de víctimas, por medio de mí. Quiero que mi *Reniego* no solo sea una queja, sino también mi rechazo explícito a ser convertida en otro eslabón de una cadena de sacrificios dañinos, me niego a ser la víctima silenciosa y bonita, rompo la fila. Puede surgir la idea de que exponerme en un texto así sea otra forma de sacrificio y que mi aparente golpe simplemente sea dirigido a una pared, pero este texto es mío, es una queja explícita e incómoda propia. Espero que aparezcan más reniegos y que la sociedad no cree eslabones de sacrificio que los alivie mediante nuestras historias con narradores que embellecen el silencio y repudian la voz cruda de una mujer. Sentencio a la sociedad a que enfrente mi dolor, mi *Reniego*.

Reniego

Espejos

El espejo es una extensión de la vista para mirar algo que por sí solos no veríamos. Saberte en apariencia es tan básico hoy en día. Saber cuán largo, de qué color y cómo lleva el cabello alguien puede permitirte reconocerle o encontrarle si se ha perdido. En el tratamiento terapéutico de psicología se propone una herramienta interesante: la frase "yo soy" frente al espejo. Se trata de decirte a ti mismo únicamente frases positivas sobre lo que eres mientras te miras. Algunos las anotan y las pegan en su espejo. Ayuda a conocerte y mejorar la autoestima. No sirve si no te miras mientras haces el ejercicio y mínimo debe hacerse dos veces al día. Pero… ¿Alguna vez te has visto en alguien más?

En esa semana de infierno, durante la toma de versiones, llegó el día para los testigos. Mi abogado y mis amigas cercanas buscaron personas que hubieran pasado por algo similar con el 'profesorucho' o el anticristo, como le comenzaron a llamar mis pocos defensores. No había sido difícil encontrarlas, de hecho, incluso encontraron una carta de queja de una exalumna, bastante fuerte. Aun no entiendo cómo la dejaron pasar. Contactarlas fue más complicado, pero no imposible. Cuando llegué al lugar donde se tomarían los testimonios, sabía algunos de sus nombres: Virginia, Sofía, Alejandra y Pamela.

Cuando las vi, sentí frío en mis manos, ese frío que causa ardor. Las otras eran yo. Yo era ellas. Virginia, cabello negro, rizado, ojos oscuros y grandes. Sofía, cabello negro, rizado, ojos oscuros y grandes. Alejandra, cabello negro, muy rizado, ojos oscuros y grandes. Y Pamela… Ella podría ser mi hermana, ella fui yo, la autora de la queja… Pamela, mismo cabello, mismos ojos, misma tez, misma estatura, mismo mirar, misma fe, mismo dolor, tenía todo de mí. No sé si fue el impacto de encontrarse en esta situación viéndose a sí misma en diferentes chicas, viéndose a sí misma en el espejo de mi apariencia o el miedo a testificar, pero solo me miro con miedo y tal como hubiese hecho yo: no dijo nada y se fue.

Entré a mi habitación, que parecía haber sido afectada por un huracán. El gran espejo que le pedí a mi padre era el único mueble despejado. Los cajones estaban vacíos y no había nada en la mesita. El espejo era perfecto, pero cuando me acercaba sentía que la pureza del vidrio se veía contaminada por mi imagen, una imagen compartida con otras, pero que dolía. Me dolía verme como me veía. Me dolían mi cabello, mis ojos y mi boca.

Ser lo que era me había condenado y no quería verme. Deseaba con desespero arrancarme la piel. No era posible: sentía que había sido contagiada con la peor de las plagas, una especie de brea invisible me cubría. Un olor inexistente se había impregnado en mí. Nadie lo veía, nadie lo olía, nadie lo sentía, pero yo vivía agobiada en aquella extraña pestilencia y contaminación.

Hoy me vi en otro espejo, no era la cómoda de mi habitación o los espejos de los baños, hoy era una mujer de carne y hueso que no olía mal ni se veía mal, pero se sentía mal. En medio de tanta contaminación, Pamela no pudo hacer otra cosa que huir. Yo no debía huir, pero me sentí un poco liberada al ver que ella se fue. Sentía que una parte de mí se había ido corriendo también. Es doloroso, habría preferido ser la única en realidad. Sé que tener más víctimas que testifican eventos similares me convenía, pero había incrementado mi dolor. Encontré ayuda a precio de sangre y lágrimas de mujeres que se veían igual que yo. No podíamos aguantarnos, en realidad, las testigos dieron su versión y se fueron. Ninguna quiso verse nuevamente, nadie quería ver un espejo viviente de carne y hueso en frente. Habíamos sido marcadas desde nuestro nacimiento, con imágenes semejantes y atractivas para el ser más despreciable que las tres conocimos en el mismo país, en la misma ciudad, en la misma aula…

Mirarme cada vez era más difícil. Los espejos habían sido de los objetos más preciados en mi hogar, contarlos sería un poco inútil. Hace no mucho tiempo incluso en los salones donde había espejos, mi única afición era descubrirme en ellos a pesar de la fiesta que transcurría a mi alrededor. Verme duele y sé que a ellas también. Hace poco vi a Alejandra, se había alisado el cabello y lo había tinturado del rubio más claro que había podido lograr. Virginia solo usa recogidos y no ha pretendido soltarse el cabello de ese moño de bailarina. Mi solución fue pintarme el cabello, a pesar de que quería arrancármelo. No solucionó nada. El tono avinado que me puse evidenciaba la falsedad de mi bienestar.

Sigo sin conocerme hasta hoy, pero en aquel tiempo mi única opción fue montar un performance. Mis abogados demandaban de mí una imagen fuerte. Nunca me sentí fuerte, quería huir y salir corriendo. No lo hice porque el ahogamiento del silencio me había dañado más. El día de mi versión decidí construir todo de mí para ser fuerte. Decidí no derramar una lágrima, decisión muy inadecuada porque no pude sostenerla. Me coloqué una blusa blanca de señora, unos jeans y una chompa tejida blanca. Fui serena, parecía haber tomado la rienda de todo el proceso, pisaba fuerte y seguro, alcé mi rostro, parecía ir armada… hasta que entré en el edificio. Me desmoroné al poner un pie dentro,

me convertí en una sombra y en el espejo de la recepción no vi más que un ánima vestida de blanco que parecía que lloraría en cualquier momento. Todos lo notaron, me miraban, me juzgaban y vi los ojos del ser más cruel que he conocido en mi vida posarse sobre mí. Me busqué a mí misma nuevamente en el espejo y no me veía, tengo un recuerdo difuminado de mí misma, solo buscaba eso que me podría hacer daño para evadirlo. Recuerdo haberme visto como una mancha en todo el espejo, el blanco de mi ropa no era más blanco.

Me senté en la mesa y vi entrar a dos verdugos, sentía que me iba a caer, aguanté mis lágrimas lo que más pude. Vi las manos del gran torturador y aun parecían tener mis cabellos, mi sangre, mi vida ya marchita. Cerré los ojos y solo dije que no debería estar. Los abogados discutieron sobre la presencia de este ser, por suerte lo sacaron, el ardor que sentía en toda mi piel había cesado, pero aún no podía respirar. El segundo verdugo me miraba, no logro encontrar palabras para expresar la manera en la que me miraba. Conté todo lo que tenía que contar. Las preguntas empezaron y parecían ser lo mismo y lo mismo. Mi abogado parecía intentar protegerme. Pero el contrincante, abogado del gran torturador, podía destruirme solo con miradas. Quería gritar, tengo 19, él 35, nunca quise, nunca quiero, nunca… Aún hoy siento esa necesidad que se forma en la garganta de gritar… Me levanté y le grité.

Recuerdo haber dicho: *¿cómo se te ocurre guiñar un ojo hacia mí? ¿Crees que es gracioso? ¿Quieres reírte? Sinceramente, espero que nunca te toque a ti ni a los que quieres, porque no puedo vivir*. No podía vivir, en verdad no podía… Mi abogado tomó mis brazos y me sentó en la silla, le miré y vi mi reflejo en sus lentes, esa persona no era yo, se veía como yo, pero no era yo. Mi yo conocido se había extinguido y una nueva persona me reemplazaba. Esa persona que aún no conocía, herida y maltratada, que intentaba defenderse. Salí de la sala y me encontré con miradas acusatorias. Me miraban como si yo hubiese pedido que el dolor visitara mis sentidos. Los rumores que mis oídos alcanzaban a escuchar se guardaban en mi mente. Miraba mis manos y sentía que estaban infestadas de gusanos, pero no había ninguno. Cuando llegué a mi cuarto, no sé qué pasó… no recuerdo nada… dudo que recuerde alguna vez.

Aún me gustan los espejos, me gusta mirarme, pero estoy segura de que la persona que veo no es la misma. No es la doble de mis testigos y tampoco es la alegre joven que quiso estudiar ciencias del lenguaje y literatura. No es yo y no volveremos. Soy tú y eres yo, Soraya y yo estamos enterradas bajo las piedras del dolor. Hoy me veo en ti, nueva yo, que acaba de nacer. Hija del llanto y del dolor. El espejo me muestra que sigo teniendo

la misma imagen, cabello negro rizado, ojos grandes oscuros, pero no soy más lo mismo. He nacido de todos mis reflejos anteriores, soy yo, criada en guerra. Aún me veo en otras, fui profesora por unos meses, vi tantas niñas que son lo que era yo y que muy seguramente no saben qué son. También me vi en Ramiro, el niño que tenía convulsiones. Yo también fui la niña que tenía convulsiones. Me vi en Alicia, la niña rara; en Mayerli, la niña que perdimos; me vi en Walter, el gracioso; en Alan, el imprudente; en Ivanna, la líder; en Mishell, la enamoradiza; en Darla, la bien portada; en Esteban, el dulce; en Dome, la hábil; me veo en ti, espejo.



Figura 1. Reniego, 2018. Videoarte de Filip Ćustić Braut.

Morir y vivir

Alguna vez escuché que la muerte no existe, porque su estado solo se presenta cuando uno mismo no existe. Qué pensamiento tan entrelazado, pero sí que hay algo relacionado con la muerte que me he preguntado. ¿Cómo se puede llegar a desear tanto algo que nunca hemos experimentado? Nadie ha regresado de la muerte para contar lo muy bello o lo muy pacífico que es. Bueno, es verdad que no todos desean alcanzar la muerte y mucho menos tanto como yo. Es decir, tanto como lo deseé alguna vez. Tuve la dicha de quererla, auténticamente y de una forma muy real, era casi como un enamoramiento. La tenía en mi pensamiento día y noche, la anhelaba, la soñaba, la planeaba, la buscaba, la idealizaba… y aunque la vida parezca muy frágil, en esos días no lograba alcanzarla.

No tenía miedo a la muerte, tenía miedo al sufrimiento. En sí me di cuenta de que, en una persona normal, el miedo a la muerte es sinónimo de miedo al sufrimiento y a dejar de estar. En mi caso, la muerte no era sinónimo de dolor, la vida me había permitido sentir todo dolor conocido y desconocido; por eso, la vida sí era sinónimo de sufrimiento. Naturalmente, quise huir; quise retirar mi piel de la llama que quema. ¿Por qué parezco una chiflada al reaccionar así? La palabra chiflada no es una elección personal, se me designó así por esta reacción tan natural. Por si fuera poco, no fue cualquier persona quien me calzó esta etiqueta aquí en mi frente. Fue una gran doctora, residente del Hospital Eugenio Espejo en Quito, la Luz de América.

Caí en sus manos tras pasar por las manos de casi todo el hospital. Llegué tumbándome. Llegué por mis búsquedas de libertad a través de 17 gramos de paracetamol según el registro de emergencias. No sé si fueron 17 gramos, yo creía que fueron 17 pastillas de más o menos unos 500 gramos, después me di cuenta de que algunas eran de un gramo. Se me había indicado que no superara los 3 o 4 gramos diarios, con la cantidad de pastillas que tomé, asumí que moriría y, al decir verdad, solo tenía las 17 pastillas. De todas maneras, sabía cómo pasaría. Después de unos 2 a 4 días moriría por una falla hepática. ¿Por qué tan largo? ¿Por qué me sometería a 4 días de mayor sufrimiento? La verdad es que no planeaba ser descubierta y mucho menos sobrevivir, quise morir fingiendo que había caído enferma. Un milagro de 4 días.

Cuando me subieron a la camilla de emergencias, me sacaron toda la ropa, absolutamente toda. Fueron vistiéndome con una bata distintos enfermeros, varias personas llegaron a mí. Una más voraz que otra, todos querían sacarme sangre de manera

inmediata. Me sacaron sangre arterial de mi muñeca para realizar una gasometría y sentí el dolor más agudo de mi vida. Por si fuera poco, se coaguló la sangre y realizaron el procedimiento dos veces. Pasé a ser como un bebé; vomité en la cama, orinaba en la cama, usaba pañal en vez de ropa interior y me bañaban extraños. Estaba con una bata, la cual parecía que deseaba desaparecer tanto como yo, y cada que deseaban hacer algún procedimiento, me despojaban de esa tela transparentosa sin importar cuánta gente había en el lugar. Dentro de mi larga estadía, únicamente me bañaron enfermeros. Sé que no debería importarme porque son profesionales, pero no me sentía aliviada y alegre con la mirada de un hombre sobre mí y mucho menos que me dijeran *mi reina, dese la vuelta* en la ducha.

Uno de los *profesionales* me pidió mi número de teléfono para charlar, me dijo que me ayudaría a coger citas médicas. Como si yo quisiera recuperarme… Todas mis antecesoras suicidas habían llegado al hospital con el dolor de un mal amor. Todo el personal de salud se reía y decía: *Seguro le dejó su novio*. En realidad, llevaba más de dos años sin novio y nunca me importó tan poco como en esos días. Me importaba dejar de llorar, dejar de sentir miedo, dejar de sentir esas manos en mí, quería morir porque no podía vivir. Parecían no entenderlo. ¿Estudiar les derritió la capacidad de escucha? ¿Han reemplazado la habilidad de decodificación de palabras por un catálogo de exámenes para diagnóstico? La doctorcita iba perfecta y yo tan destruida que sí, yo era una chiflada, ella debía saber reconocer una chiflada cuando la ve. Todo empezó cuando me dijo que dejara de sufrir por mi novio; le contesté, con las fuerzas que no tenía, que no lloraba por un novio. Me siguió preguntando vainas, de esas que te preguntan en los hospitales, hasta que vio el rostro de mi mamá, preocupada a más no poder, y le dijo que es normal, que no se preocupe que su hermana también había hecho algo así y que era una chiflada porque estudiaba letras… Yo le dije que también estudiaba letras y me dijo: ¡Ves! Ahí lo tienes.

Quizá fue un gramo de empatía, quizá no quiso decirme chiflada o quizá sí; claro que dolió, después de meses de haber escuchado que estoy loca y que era una mentirosa una y otra vez… era imposible que no me sintiera mal, ¿no? Tenía un grillete en el cuello con una gran carga en la otra punta. Fui andando con ese peso sin descanso, años, meses de meses, días de días, horas de horas, minutos de minutos, segundos de segundos, segundos de un segundo y segundos de una eternidad. El último día en el hospital me dispuse a ser la loca de la habitación 907, iba a entregarles lo que deseaban. Cuando el gordo enfermero me metió en la ducha, le dije que no me iba a tocar. Su cara cambió y

me dijo que su obligación era bañarme, le dije que iba a gritar si no se salía del baño. El gordo insistió en que su intención era cumplir su trabajo, así que le dije: *Me intenté matar con pastillas, no me atropellaron*. Salió en ese instante y cuando salí del baño, estaba a punto de tirar todo al suelo. Sentía que quería destruir todo el mundo. Esto es vivir.

La noche en la que pensé que moriría, aquella vez no por mi propia mano, fue la noche en la que sentí la vida derramarse en mi cara. Estaba ahogándome, perdía cada centímetro cúbico de aire, estaba mareada y mis gritos solo eran gestos sin sonido… de repente, sentí un golpe sordo en la espalda. Estaba deshecha en una calle, miraba mareada la muy borrosa noche más despejada de octubre, me daban vuelta los postes y cuando mi vista estaba a punto de apagarse… una cascada cayó en mi boca, una cascada de aire y frío. Dolía todo lo que debía doler, pero recuerdo el dolor de oídos más extraño que he sentido, nunca imaginé que me dolerían los oídos después de lo que pasó. Me quedé acostada intentando respirar y, cuando recuperé un poco mis funciones vitales, mi miedo se encendió. Me levanté esperando que el demonio no volviera, mi cuerpo estaba raspado, maltratado, contaminado, dolía, apestaba, me daba asco, me intenté sacudir el polvo que no tenía y levanté mi pantalón, bajé mi blusa y cerré el cierre de mi chompa vino.

Había una pendiente que daba a un túnel, fui vía abajo corriendo como un caballo salvaje huyendo de sus captores. Daba tumbos, caía, lloraba, miraba a todos lados… todo parecía ser irreal. Si hubiese muerto, habría asegurado que estaba en el infierno. Vi un taxi que me llevó por las calles menos conocidas hacia mi casa. Vi el cielo y las luces amarillas del alumbrado, pedí el baño a un guardia para arreglar el despojo que había quedado de mí. Lo único que pensaba era que mi familia iba a ver que estaba llena de una lepra invisible. Subí y no hablé con nadie, todos asumieron que estaba cansada. Estaba viva, logré respirar, pero entré en el infierno. Me acosté en el piso y lloré, no sé cómo sobreviví, no sé cómo llegué a casa, no sé por qué…

Esa noche conocí a la muerte y a la agonía, las dos suelen andar juntas. La muerte venía de blanco luna y blanco nube. La agonía venía de negro con un flagrum en la mano. Era para mí, para mi piel contaminada, para que doliera, para recordarlo para siempre, para recordarlo toda la vida de lo que me hizo ese día. Golpe tras golpe, grito tras grito; decidí rendirme y le pedí con desespero a la muerte que me abrazara. La muerte me miró y con la poca misericordia que la caracteriza me dijo: NO. La agonía siguió con su tenaz tortura hasta que un gorrión cantó. La muerte paró la tortura, por un momento pensé que me llevaría con ella, pero se levantó y me dijo que me alistara porque estaba amaneciendo. Me levanté del suelo y al mirarme al espejo conocí a otra: un cadáver que respiraba, que

caminaba en medio del fuego, que padecía de una enfermedad incurable… Solo había una clase de pensamiento en mi cabeza: *Ojalá hubiese muerto.* ¿Por qué no morí? Necesitaba morir. ¡Y respiraba! Hay miles de personas que ruegan por la vida y yo rogaba por la muerte. Ellos viven queriendo vivir y yo vivo queriendo morir. Yo vivo muriendo.

¿Recuerdas?

¿Recuerdas? Cuando tu madre te buchia[1] en su chalina y daba pequeños saltitos mientras intentaba calmarte cuando llorabas inconsolablemente en la infancia. Yo lo recuerdo. Recuerdo el poncho negro de flecos que me envolvía; a falta de poncho negro, los brazos de mi madre, cuando me bajaba corriendo por las escaleras para llevarme a la escuela. Era muy feliz. Recuerdo que después de esa noche no podía levantarme a hacer tareas, ni leer, ni bañarme, mi cabello estaba tan sucio que se perdieron mis rizos. Antes era objeto de mi adoración, ahora cadenas colgantes de mi cabeza. Mi madre me hizo dos pequeñas trenzas mientras me encontraba sentada en el suelo. Pensaba, deseaba, sentía, deseaba morir. Al día siguiente me bañé, me froté tan fuerte con el cepillo que mi piel terminó roja y con algunos rasguños. Me seguía sintiendo sucia, me sentía limpia únicamente donde brotaba sangre. El mal me había tocado en la pierna en un inicio, aún siento esa desagradable sensación que evoca desesperación, asco y a veces vómito… tomé una navaja y corté… ahí, sí, donde me tocó por primera vez… corté la pierna, mis dos antebrazos y cuando me la acerqué al pecho no sabía dónde cortar. Esta solución no era sostenible. Nunca había sentido tanto rechazo, hacía algo de mí, mi alma rechazaba mi cuerpo. Mi cuerpo era un órgano trasplantado que estaba siendo rechazado. Yo pensaba en muerte y sangre.



Figura 2. Trenzas, 2018. Fotografía de Sara Medina.

[1] Significa cargar en la espalda, por lo general con la ayuda de un chal o trozo de tela, comúnmente usado en el sur del Ecuador, en la provincia de Loja.

He tenido los pensamientos más horribles, las soluciones más dañinas, las lágrimas más cargadas de dolor. En mi intento de no ser cazada como un conejo, viajé al lugar que más anhelaba en mi infancia: Loja. Recuerdo la ilusión tan grande que tenía de ir cada año, ver la ciudad asomarse en medio de las montañas, con un sol que no quemaba y un aire liviano. Recuerdo cómo cada año era bien recibida por mi tío Johnson y me tenía un sequito de pollo para desayunar. Me compraba un helado y me llevaba a la feria. Me tomaba fotos en las atracciones y me llevaba a cantar que las horas más lindas eran las que pasaba conmigo. Todo eso me seguía esperando en aquellos días. Recuerdo que alivió mi ansiedad al llegar a Loja, las montañas parecían cubrirme y el sonido de los ríos acallaban mis pensamientos. Olía a lluvia y café, las calles cantaban con alegría, las sonrisas de mi gente me abrazaban, los busecitos verdes parecían saludarme y parecía que había una serenata para mí cada vez que pasaba un camión de gas.

Todo parecía marchar bien, mi familia disfrutaba el momento hasta que vi varias llamadas perdidas de un número desconocido, no parecía ser nada. Me relajé porque había cambiado todos mis números de teléfono y porque había bloqueado el número de la rata que me contagió el peor de los males. Hasta que llegó un mensaje: *¿Cómo pensaste que no iba a encontrarte? Te encuentro muy bonita con ese poncho rojo. Voy a estar cerca de ti.* Para ese momento, no llevaba puesto el poncho rojo, pero en la mañana sí lo traía puesto. Sin dudas supe que me había seguido a mi lugar y me había visto en la mañana. En la iglesia nunca me enseñaron qué hacer para huir de este tipo de amenazas, creo que estaba mejor orientada a saber cómo evitar la tentación y cuidar cosas absurdas de mi aspecto físico para salvaguardar mi honor que para defenderme de un hombre de 35 años que me seguía para hacerme el peor de los daños. ¿Me faltaron clases en la escuela dominical? Yo iba religiosamente. ¿Me faltó un guardián? Quizá un acompañante permanente masculino habría sido la solución. Pienso y pienso, cada prevención no suena convincente, no suena real, no suena a que está bien. Suena a que quizá no sabría qué hacer si pasase nuevamente.

Hui entonces a un lugar más recóndito, mejor camuflado. En este lugar no había cobertura, no había internet, no había absolutamente nada… estaba en el Santuario del Cisne. La gente me miraba como alguien extraño, tal como me miraba yo cuando me encontraba con un espejo. Nada encajaba con nada, ni las piedras colocadas una a una en el camino, ni las gárgolas de la basílica con el celeste, blanco y dorado de la pintura. Nada encajaba, tal como yo, no encajaba en santidad ni como inmundicia infernal, aunque para

mí lo era. El sol de la mañana parecía traído de un desierto y a las cinco parecían haber sido traídas todas las nubes del continente para cubrir esa tierra que muchas veces había sido olvidada por Dios. Es por eso por lo que las personas delirantes por la falta de agua habían visto la personificación de la santísima virgen bajo ese ardiente sol. Por suerte, tenían la romería de agosto, esta gigantesca procesión había convertido a esta tierrita alta, fría y seca en un paraje bastante importante de turismo religioso. Había agua del milagro, capillas, construcciones, recuerdos, velas y tantas cosas bendecidas con las que el pueblo podía avanzar económicamente; la sequía solo era un problema para esas familias que tenían ganado y sembríos con los que sobrevivían (como la mía).

Concentrarme en sobrevivir de esa manera me hizo mucho bien, cada día se tenía que ir a la estancia; buscarse alimento y más detalles que en la ciudad no se buscaban. Por ejemplo, un lugar donde orinar, defecar… un lugar donde ducharte… Que, por cierto, se convirtió en mi deporte de alto riesgo favorito. La casa donde había sido criado mi padre no tenía baño, ni lavabo; se había improvisado una lavandería y colocado un grifo por ahí. Mi gran reto era ducharme en la lavandería al aire libre y con una alta probabilidad de provocar a la inmensa cantidad de avispas que hay cerca.

Las avispas atacan en grupo, no como los humanos, que cada uno se esconde bajo la cobardía para *sobrevivir*. Cuando denuncié, pensé que las mujeres iban a saltar conmigo al barranco de las torturas legales para acabar con el abuso, como un sacrificio, como un clavado, como un Jauhar[2]. No fue así, pocas ayudaron, muy pocas, realmente pocas; recibí la espalda de tantas personas. Yo era nada, y el *gran profesor* era a quien se debía defender. Por eso, desarrollé un miedo irracional a la conspiración, sentía que todos estaban en mi contra buscando cómo arruinarme. Quizá lo fue, pero quizá no. Además, yo estaba convencida y tapaba cada hueco de incertidumbre con desconfianza. Recuerdo sentirme perseguida como una mártir. Tenía tanto miedo a las avispas… sentía que en cualquier momento me daría la vuelta y me encontraría con una nube de avispas acercándose a mí para matarme. De la misma forma, me sentía cuando iba a la universidad. Agradable bienvenida…

Al final, todo recuerdo estaba en mi mente, toda sensación silenciada… Debo confesar que en aquellos días en plena supervivencia campestre y en pleno miedo por ser picada por la única avispa valiente que se había acercado, me di cuenta de que estaba huyendo de la muerte inminente que en mi cabeza representaba esa pobre avispa agobiada

[2] Ritual hindú de autoinmolación masiva de las mujeres rajputs, a veces junto a sus hijos, para evitar la captura, esclavitud y violación por parte de ejércitos invasores ante una derrota inminente.

por el sol; un rayo de esperanza se había aproximado junto con la avispa. Ya estaba evitando el dolor, la muerte y no solo le tenía miedo al monstruo que había destruido mi vida, también le tenía miedo a una avispa, a una serpiente y a quemarme prendiendo el fogón. Me había distraído, me había dado cuenta de lo difícil que puede ser vivir en campo y de lo poca cosa que había resultado ser mi atacante frente a un enjambre de avispas del árido Cisne.

Cuando acababa de bañarme, llegaba mi abuelita con quesillo recién cuajado de dentro de la negra cocina. Me brindaba un jarro de quesillo con muchísima panela. El frío que había adoptado mi cuerpo del agua fría huía en cuanto saboreaba el postre de mi abuela.

Y entonces, nada podía ser tan malo.

Perfección



Figura 3. Obra The flame of contemplation, 2021. Autora: Laura Makabresku.

Tenía que ser perfecta, yo no creía que lo fuera, pero era tan perfecta que tenía mi propia vitrina. Era una gran pecera, tenía la llave de mi pecera, la llevaba colgada en mi cuello, pero no podía abrir la pecera. No había posibilidad de que alguien pudiera hacerme daño, el vidrio liso, frío y más fuerte que yo era suficiente. Parecía ser suficiente. Salía, claro que salía, iba a la iglesia y a estudiar, no era una esclava. Pero siempre estuve dentro de la pecera. No sabía cuánto le debía a la vida que me había colocado en una vitrina. Estaba destinada a una búsqueda de por vida de las virtudes que necesitaba para ser perfecta. Dios lo sabe, yo lo intentaba, aunque sea, aparentaba. Nunca faltó quienes me recordaran mis defectos, en casa eran bien conocidos. Pero otros decían que yo era un ángel, delicado e indefenso. No entendía por qué yo no podía ser como los arcángeles que podían pelear a mano limpia con el diablo o de esos ángeles que incendiaron ciudades, de esos ángeles que tenían espadas de fuego y armaduras. Siempre dijeron que era dócil y delicada, cuánto me molesta. Siempre quise y quiero que piensen que soy fuerte, pero puede ser confundido con lo diabólico. Después de denunciar al 'profesorucho' ese, hubo unos pocos comentarios que decían que yo era peligrosa y, aunque los motivos no eran los que yo quería ni la verdad, sí me gustaba ese tipo de rumores.



Figura 4. Saint Olga, 1901. Pintura para mosaico de Nikolai Alexandrovich Bruni.

Quería ser como Olga de Kiev, también es cristiana, ¿no? Ortodoxa, pero cristiana. ¿Por qué no ser como ella? Mató a cinco mil drevlianos en venganza por el asesinato de su esposo. Si soy santa, quiero ser como Olga. Imaginarme destruyendo todo y a todos era un cierto tipo de consuelo que mi conciencia no me permitía. Quizá Olga tenía una ventaja por adorar a Odín la mitad de su vida antes de convertirse al cristianismo. Yo había nacido en la iglesia y una de las tareas más necesarias era perdonar. No faltaron personas que dijeron que perdonara, que los juicios eran largos, que era horrible tener abogado y estar de un lado a otro en esa tarea tan espeluznante. Te falta fortaleza, lloras mucho, eres débil, cuesta mucho, bla, bla, bla… cobardía. Puedo ser frágil como una hoja seca, pero me juré ser letal. Querida, en serio te lo digo, no fue fácil determinarme y no lo hice por fortaleza; lo hice por vergüenza. Estaba sentada en una reunión aburrida de presidentes de cursos, de esas que no sirven para nada, hasta que una persona dijo que una compañera estaba siendo maltratada por el *'gran profesor'*, el mismo, el malvado, ese que entró en mi pecera y me prendió en fuego. Egoístamente, pensé que llevaba 35 días sin que me molestara y que no debía pensar en eso. Con la mayor estupidez del mundo pensé que debía perdonar para ser perdonada y salvar mi alma del infierno. Me acosté como de costumbre cuando no podía aguantar más cansancio, me acosté resignada a las pesadillas, me acosté lista para llorar como siempre. El teléfono sonó, el celular, pitidos de carro, el celular, el carro; sabía lo que ocurría. Me levanté y, cuando vi por la ventana, confirmé que en esa noche no eran necesarias las pesadillas.

La vida es peor que las pesadillas y la muerte es mejor que la vida. No me había librado del mal, porque nunca me rebelé. Seguía en mi pecera y me seguía ahogando, parecía perfecta, pero solo era cómplice de mi propia destrucción. Necesitaba aire. No había nadie. Él estaba ahí como dueño de la calle y mi destino. Fumando y seguramente, tomando como siempre, hasta enseñaba tomado. Era dueño de todo lo que deseaba y nadie le había puesto un pero nunca. Estaba harta. Totalmente. Yo sabía lo que debía hacer, se lo dije a mi mamá, se lo dije a mi papá, pero ellos dijeron: *"es que estamos en el mundo, nadie está libre, tienes un hermano y un padre"*. ¡Y YO LO CREÍA! ¿Estaba loca? Creo que sí, seguramente sí, no solo estaba en una pecera, tenía una venda en los ojos. ¿Quién lo detendría? Seguramente alguien más que no fuera yo, pero el pecado no se lava solo. Mi silencio me había costado a mí y a todas, un precio demasiado alto como para pagarlo en el infierno.

Un día me encontró mi abuela llorando en el soberado de la casa de campo, me dijo que no llorara porque el llanto de las vírgenes maldice el lugar donde caen. ¿El llanto

de las vírgenes?, ¿y el llanto de mi tía que había quedado embarazada a muy temprana edad?, ¿y el llanto de mi abuela misma que había sufrido por su marido?, ¿y el llanto de mi padre y su hermano que habían sido casi torturados por sus padres?, ¿y el llanto de los animales sacrificados? Las lágrimas no maldicen, solo son testigos del destino. Había llorado desde la primera noche en la que me habían esclavizado y ninguna de esas lágrimas iba a maldecir ni mi casa, ni la universidad, ni su carro, ni la calle, ni Quito, ni sus manos… La maldición debía ser ejecutada de una forma más formal, efectiva y ciertamente justa. En medio de absurdos lamentos, me levanté y miré al carro plateado, ahí estaba un demonio y su caballo. Me volví loca, lo digo con orgullo, en medio de gritos de ira, agarré un jarrón *valioso* que la vecina le había regalado a mi madre, me volví a la ventana y comencé a gritar y llamar la atención de aquella criatura. Al ver tremendo alboroto, se acercó, había una distancia grande entre él y yo, abrí bien las cortinas mientras él miraba muy confundido. "*Bienvenido, ¿no te da gusto verme?"*, le dije. Me miraba con esa hambre de siempre y se veía contento, no sé si era la idea de creerme convencida y loca, dispuesta a rendirme ante sus cadenas, pero estaba contento. "*Tengo algo muy especial para ti"*, le grité. Él no decía nada, me miraba con esa mirada furtiva que tanto odiaba, pero me miraba al fin a la cara, no lo hacía antes, me miraba porque me pensaba rendida; con la fuerza que me faltó aquella noche, agarré el jarrón y lo lancé. Golpeé parte de su auto, parte del jarrón cayó en su pie, otra parte cayó en su nariz.

Esa noche capturé varias conversaciones, casi todas, recuperé algunas, busqué fotos, sentía que me estaba armando como para ir a la guerra. Sentía que estaba tensando un arco, estaba sucia y llena de incertidumbre. Primero debía salir de la pecera. Tenía la llave en el cuello, pero sola nunca iba a abrirla. Llamé a una leona experta en luchas como la que se avecinaba y me tomó de la mano para sacarme. Al ver que el peso era demasiado para dos, se convocó a más soldados. Llegaron águilas, leonas, pumas, tigresas y lobas. Ninguna podía hacer el trabajo de otra y ninguna podía hacer todo el trabajo. Ninguna podía hacer mucho más de lo que otras. Grito a grito, llanto a llanto, dolor a dolor. Lo que hice fue arrastrarme, rasguñar, morder, empujar, gritar y salí. La pelea no era justa, pero era pelea. Iba a morir peleando, prefiero morir peleando que en silencio. Juré no callar nada, arruinar todo lo que se tenga que arruinar y acabar con todo si fuese necesario.

Así es como a los dos días empecé a hacer la denuncia en medio de llanto y lamento, todas se compadecían aparentemente, pero muchas decidieron creerle al 'profesorucho' que no les había enseñado nada. En ese punto, aunque me dolía… ya no importaba porque decidí morir peleando; aunque me amarraran de las manos, pelearía. Él

parecía ser aplastante como el sol de verano; todos sus ayudantes parecían serlo. No importaba, moriría peleando, pero pelearía. Eso era lo que pensaba. Pensaba que en este mundo y en este lugar en especial, nadie podría ser como una reina europea que cobra venganza o que nadie podría ser como los arcángeles de fuego que ayudan al mismísimo Dios. Pensaba que moriría a mano propia o a la de él, pero de todas formas moriría. Pensaba que prefería morir en la resistencia y pelear. Y a eso me dispuse, a pelear con todas mis fuerzas para morir, fuere cual fuere el resultado. Este dolor sí se convirtió en fuerza, aunque quise prometerme no llorar, fue inevitable. Lloré una y mil veces, mis recuerdos daban vueltas en las etapas más fáciles que viví en la pecera. Esos tiempos que me hicieron inútil y que extrañaba tanto.

Claro, eres la víctima perfecta, todos estos años no había hecho más que convertirme en una víctima perfecta. Toda mi vida y los manuales, todas las noches, las oraciones, la obediencia, los domingos, las reuniones, las indicaciones, todo… yo me había hecho como tal, había sido perfecta, la víctima perfecta, un corderito indefenso, un milingo[3] recién nacido, una completa inútil. La perfección es un estado que nunca acabará de completarse, aunque parezca ser alcanzada. Gracias a Dios, es inalcanzable por más cerca que estés. Aunque se decía que fui la víctima perfecta, me negaba a aceptarlo. Me niego a aceptar esa etiqueta, me molesta, me fastidia. La víctima perfecta tiene que ser indefensa antes, durante y después. Yo no lo sería. Aunque parecía ser tarde, aunque me tardé, aunque el daño fue hecho, aunque el dolor no se apartaba, aunque no me recuperaba, aunque lo que fuera, no iba a ser la víctima perfecta. Hablé, repetí la historia una y mil veces, grité, lloré, les grité a todos… quizá fui humillada y dañada, pero lo hice. Hablé. Escribí. Firmé. Lo hice sola, me alentaron, apoyaron, ayudaron, pero lo hice con mis fuerzas y con mi sangre. Aunque muchos dijeron que el caso estaba perdido, gané. Gané mi libertad, no solo salí de mi pecera, saldé mi deuda y renuncié al papel de víctima y de cómplice. Mi silencio me había hecho cómplice de la perfección, de un criminal… dejé de ser víctima, de ser cómplice… dejé la perfección.

[3] Cría de la oveja.

Culpa

Si hubiese estado, quizá no te hubiera pasado… No, hermano, el mundo es hostil para todos. Para ti también, para mi hermano también. No estaba mi hermano, pero estaba Dios. Estaba parada en el patio, había tanta gente como te imaginas que habría a las 9 de la noche. Había personas. Nadie dijo nada. No los culpo, aunque mil veces pensé que, si alguien se hubiese levantado, me habría salvado. No es así. Estaba destinada. Todo el sufrimiento no empezó cuando me arrastraron del cabello hacia un carro plateado, tampoco empezó cuando paró el carro, no empezó cuando la oscuridad cubrió el más vil de los actos, no empezó cuando estuve herida en una calle vacía. Quizá empezó cuando pisé el edificio con mi pecera y mi ingenuidad, siendo la víctima perfecta, encapsulada en un cristal débil o protegida por un tenue velo de tul. Pero tampoco es mi culpa. Quizá empezó cuando un hombre entregó su mente a las más viles conspiraciones y buscó una presa fácil o cuando alguien le hizo tanto daño que no pudo evitar convertirse en lo que fue. Quizá fue, eso, tanta debilidad mental, tanta malicia, tantas ganas de saberse fuerte, tantas ganas de ahogarme, tantas ganas de matar, tantas ganas de oscurecer nuestros ojos, tantas ganas de sentirse alguien que decidió tomarme como quien toma una funda de basura y la arroja a la oscuridad con desprecio para deshacerse de ella. No se deshizo de mí, me sacó de mi encierro, me despertó y mi odio se vino contra él, pero…

¿La culpa la tiene él?

Comencé a ver miles de vídeos y de documentales sobre asesinos y torturadores. Todos habían tenido una infancia complicada, algunos la negaban, pero todos tenían algo. Por ejemplo, aproximadamente el 1 % o el 2 % de la población es psicópata, todos conocen al menos a uno. Es difícil identificarlos y, a primera vista, hasta son atractivos. En el documental soltaban un dato que me detuvo en seco: varias funciones del cerebro de estas personas estaban trabajando de una manera diferente a las de una persona normal. Por eso, tomaban riesgos tan altos para obtener lo que desearan y no pensaban en el daño que podrían causar. Me estaba preguntando si esta persona tendría algo parecido. En el documental aseguraron que no todas las personas que poseían estos patrones de *mal funcionamiento* cerebral y tendencias genéticas; atacaban. Las experiencias vitales hacían que esta persona tome las acciones más terribles (o no).

Cuando descubrí estas cosas, ya había terminado el proceso administrativo. Nunca más sería mi profesor. Me aliviaba, pero estuve pensando una y otra vez: ¿Cómo se convirtió en eso? Alguna vez, en un día que salía de la tortura judicial, normal para

cualquier mujer denunciante de Ecuador, vi a una señora con lágrimas en sus ojos y unos cuantos ricitos cayendo por su cara. Preguntaba al abogado del diablo que accedió a defender al hombrecillo en problemas: *¿qué hizo mijo?, ¿entonces lo hizo?, pero ¿qué le hizo?* Tenía tantas ganas de decirle: *No pregunte, mejor no sepa, váyase, no pregunte.* Pero seguimos el camino que correspondía. Quizá ella tuvo algo que ver con esas experiencias vitales que hicieron que las malas decisiones fueran inevitables de tomar. Quizá debió saberlo para que se pueda arrepentir de sus pecados, para que pueda purificarse. Después de unos días, me enteré de que el hermano del 'profesorucho' había intentado tirarlo de una construcción, un intento de asesinato, lo cual supuestamente ocurrió cuando eran jóvenes. ¿Qué otra cosa tendría que salir?, ¿qué otra cosa le ocurrió?

Me pregunto si en verdad tenía la culpa y qué le tuvo que pasar… Definitivamente, no tuvo un gramo de compasión conmigo. Pero ¿y si era inevitable?, ¿y si era como una convulsión por epilepsia? Quizá era como esas corrientes o relámpagos paralizantes que vienen inevitablemente. Como esa enfermedad frente a la que lo único que puedes hacer es acostarte y esperar a que pase. Mi maestra de lucha me dijo que no debía tener la compasión que él no tuvo y que, seguramente, no tendría nunca conmigo. Seguramente, si me rendía ante él, si no hablaba, seguramente cada cierto tiempo estaría aprisionándome más en la desgracia de sus bajos deseos. Era verdad, aún recuerdo cómo me trataba en clase, con ira, se notaba que quería aplastarme. Me mantenía parada casi todas las clases, pasaba yo sellando hojas, me miraba siempre y me sentía humillada. No me pedía ayuda, me exigía hacer actividades absurdas, menospreciaba mis participaciones y, cuando veía mis apuntes, los criticaba duramente. Nunca nadie me había hablado con tanto odio. Por eso nunca imaginé lo que me podría pasar.

Fue determinado que él era culpable de los múltiples crímenes que mi abogado había escrito en la denuncia. Cuando vi aquella lista interminable, me sentí tonta y me preguntaba: *¿Cómo dejé que todo eso sucediera? ¿Cómo? ¿Por qué no hice nada antes? ¿Cómo he llegado hasta aquí?* Y me respondía: *Es tu culpa, fuiste cómplice y víctima, sobre todo cómplice, bajar, bajaste y bajaste*. Mirarme se volvió una de las actividades más incómodas. Me recordé gritando, pidiendo piedad; me recuerdo golpeada, pidiendo ayuda, me recuerdo casi ahogada, pidiendo aire… no tuve la culpa de nada, fui como fui y nadie tenía derecho a tocar un cabello mío, ni uno solo. Y nadie tiene derecho a tocarte, humillarte, tratarte mal, menospreciarte; nadie, ni tu familia. No tuve culpa, aunque mucho apunten su flecha hacia mí por el silencio que guardé por meses… no es mi culpa. Nadie tiene culpa más que él, las condiciones que tenga están en sus manos. Si no hizo

nada, es porque no quiso, porque pudo disfrutarlo más de una vez, porque sigue disfrutando de una libertad absurda, no puedo verme sana, no puedo olvidar, solo aceptar y permanecer con mi corazón en las manos atravesado por siete dagas.

Por todo aquello, asumo que creyó que era tan inteligente que nadie descubriría lo que había hecho conmigo y con otras. No, si me ha dañado lo suficiente: todos se enteraron, por mi propia boca, y al menos sintió el peso de la culpa sobre sus hombros sin autoengaños. Él siempre intentó culparme, desde el inicio me hizo creer que así era con muchísima insistencia. Ahora sé que el peso era tan grande para él solo, que intentaba pasármelo. Me dijo tantas cosas para que lo creyera de esa manera y no digo que no lo haya logrado, pero no es algo de lo que adolezca hoy. Tengo claro que nadie pudo haberme salvado, tengo claro que mi familia no tiene culpa y que la pasividad de la sociedad no está bajo mi control, tampoco es algo que puedo cambiar yo sola. Lo que pasó me convirtió en esto que soy ahora, lo que pasó me hizo explorar ese mundo ajeno que era tan propio. Lo que pasó me abrió los ojos, no tengo que dejar de ser yo para saber qué es lo que pasa. Y aunque no vuelva a encontrarme esa yo, quien era auténticamente yo en el pasado, mi yo de ahora es más fuerte y útil, aunque tenga que ser tan oscura. Quisiera pedirle al mundo entero que cuando una grite, la ayuden, que no obliguemos a las mujeres a gritar FUEGO en vez de AYUDA, porque nadie voltea cuando se grita ayuda. Quisiera hacer que todo el mundo te entienda, quisiera que todo el mundo me entienda. No puedo. Entiéndeme, no tuve culpa y tú no la tienes tampoco.



Figura 5. Dolorosa III, 2017. Escultura de Juan Vega.

El caballero blanco

Mi miedo más grande era estar con hombres, no importaba quién fuera. Sé que es irracional pensar que los hombres son un permanente riesgo, pero era mi miedo más sincero. Una mañana tomé un bus con toda la intención de buscar ayuda, dispuesta a recibirla, pero solo de una mujer. La abogada más linda me abrió la puerta del edificio, pero ese clavel rojo no me iba a defender. No porque no pudiese, bajo su fragancia tenía todas las armas con las que luchaba contra el mismísimo diablo. La verdad es que la bonita Pilar estaba demasiado ocupada con tantos otros casos, cuando llegué, la vi resolviendo la vida… resolvía vidas… esperaba que ella resolviera la mía, su sonrisa y su mirada eran perfectas para mí. Aunque lo hizo y ayudó mucho, no pudo figurar como mi gran patrocinadora. Esa mañana dijo: *Yo le pediré a Washo que te ayude*. Hizo unas cuantas llamadas y ya: tenía patrocinador, abogado.

La media mañana siguiente tenía que encontrarme con él, me encontraba agonizando, me temblaban las rodillas, me estorbaba la piel y ni siquiera podía vestirme. Le dije a mi mamá que en serio debía llegar a la universidad a tal hora. Mi mamá, con una paz inexplicable, me vistió como una muñeca, tal como una, levantó mis brazos y me puso un vestido de flores muy pequeñas, unas medias a rayas y unos zapatos bajos. Me puse un saco largo, tejido por voluntad propia, de esos sacos enormes que podrían taparme de pies a cabeza. Cuando llegué vi a un hombre muy serio y profesional acercándose a mí… era el caballero de armadura blanca que iba a defenderme. Claro, eso pensé en un inicio, viéndome a mí misma tan inútil y convenciéndome de que este era el único hombre que no me haría daño.

Al inicio, mi cuerpo experimentó rechazo, apenas si pude tomar su mano, no por debilidad, por miedo, por miedo a la contaminación, a la lepra invisible. Pero no fue así, aunque él luchó con su espada y con toda la valentía que se esperaba de él. Además, yo tampoco me quedé a su entero resguardo, ni me escondí tras su caballo. Sinceramente, eso era lo que yo esperaba, en verdad esperaba que fuese un guardián, un eterno protector. Para nada… lo que hizo fue darme una espada y un escudo, aunque a veces el escudo se trataba de él mismo. Nos lanzamos a la lucha interminable y extraña. La espada me pesaba tanto, no podía a levantarla, aún menos abalanzarme para herir al demonio contra el que me correspondía luchar, pero juro que lo intenté con todas mis fuerzas.

El caballero me dio prácticos consejos para no verme tan vulnerable y parecer una gran amenaza a aquellos que me ataron de manos en algún momento. Cambió mi espada

por un arco y me envió a luchar, eso hice… comencé a aplicar un poco de estos consejos. Y, sobre todo, pensé en una imagen, en un modelo más acorde a mi figura. Si bien no podría ser de la noche a la mañana una caballeresa astuta y peligrosa como Washo, habría una figura más cercana para imitar. Obviamente, mi selección fue increíblemente acertada: otra reina, sí, para sorpresa de nadie, otra reina incontenible de furia. Se trata de la reina celta Boudica de los icenos. Boudica tuvo que enfrentarse a azotes y que violaran a sus dos únicas hijas. Ella no reparó en desafiar a la gran Roma en el primer siglo. La influencia de Boudica no era algo que se podía subestimar; logró establecer un ejército de 120 000 hombres para enfrentarse a Roma. La gran reina, aunque no ganó la batalla, sobrevivió y regresó a su tierra con sus hijas. Una de las fuentes asegura que murió por mano propia tomando un veneno y otra asevera que fue a causa de una enfermedad. Si una mujer podía ser tan valiente para desafiar un imperio y no dejar que la espada de los despiadados le arrebatara la vida, ¿por qué no podría yo desafiar a este espíritu de cuerpo? Empecé considerando que las características que más me agradaban de la gran reina eran su voz áspera y su mirada feroz. Claro, ya que yo no podía armarme de 120 000 soldados con los que podría incendiar la universidad. Sobre mi voz no podría hacer mucho, pero intentar darme un gesto ligeramente feroz sonaba muy bien.



Figura 6. Boadicea arengando a los britanos, 1793. Pintura de John Opies.

Un día llegué a Bienestar Universitario, donde mis anteriores citas habían terminado en llantos sin fin o en pensamientos suicidas, decidí fingir ser otra, decidí no ser yo y ser la guerrera valiente que se enfrentaba a los ilustres profesores de la universidad. Funcionó; aunque el efecto no fue el deseado, funcionó. Aseguraron verme tan bien que era imposible que yo hubiera pasado por lo que pasé. Resulta que me veía tan bien que nadie imaginaba que había sentido el dolor más agudo, interminable y profundo en mi cuerpo. No fue nada cómodo verme tan dispuesta a luchar por mí, sea cual fuere la resolución. Tal como seguramente pasó con la reina Boudica, seguro sus enemigos esperaban verla destrozada por la muerte de su esposo, por la violación a sus hermosas hijas y por los azotes que le habían propinado. Afortunadamente, Boudica no solo apareció con su frente en alto, apareció con un gran ejército y la determinación a morir o ganar. Y yo, yo también.

Washo fue el primer hombre que vi que auténticamente quería que fuera más de lo que alguna vez imaginé ser. Pensé que tenía que casarme y tener hijos al segundo año de matrimonio, pero Washo me mostró que no había solo ese camino. Parece una cosa muy pequeña, pero digamos que fue un sembrador. Creo que él quería verme como Boudica, una mujer decidida a luchar por sí misma y por aquello que ama. Estoy segura de que las veces que se puso como escudo humano en todo el proceso, lo hizo porque sabía que estaba aprendiendo. El caballero blanco que me acompañó me estuvo enseñando el arte de la guerra; las lecciones, aunque la mayoría, fueron adaptadas a mi condición, las demás fueron, como debían ser, un impulso de fuerza.

Gracias a Washo, estoy segura de que en los hombres puedo encontrar compañeros, amigos, maestros y colaboradores. Tal como Boudica encontró soldados para su guerra en 120 000 hombres, incluidos ancianos y jóvenes. Creo que puedo encontrar personas que puedan salirse de aquel modelo impuro que les asigné a los hombres en un inicio. No solo son animales esclavos de sus deseos, esperando la oportunidad de satisfacerlos, aunque fuese a la fuerza. Gracias a Boudica estoy segura de que las luchas se pelean por justicia, aunque no siempre se gane. Es fundamental dejar un precedente, ser desafiante y feroz, no me hace menos reina o menos mujer. Destruir ciudades lo vale cuando el agravio es tan grande.

Soraya - Dolor

A Soraya M. de Irán

La muerte y el dolor tienen un segundo nombre, el mío. El dolor y la belleza comparten habitación. Los golpes apenas duelen, la pérdida hace que duela el existir. No soy dueña de mi cuerpo, pero sí del dolor que lo recorre. No he podido sanar, pero los moretones se han deshecho. Cada nube roja doliente que se posa en mi cabeza y rompe los hilos del control, son más que yo.

Busqué llenar el molde de una mujer sumisa, tranquila, que sabe de las cosas del hogar, que necesita un hombre para comer, protegerse, para sobrevivir. Pensé que la vida iba a tratar únicamente de eso… de crecer, aprender a cocinar, casarme, criar un bebé y morir. Nunca pensé que iba a necesitar ser fuerte. Nunca pensé que despojarme de mi voluntad sería tan fácil para cualquiera, porque siempre había sido de esa manera, pues ni siquiera sabía quién era yo misma. Tampoco sabía que esto me haría mucho más fácil de condenar a una lapidación.

Cuando conocí a Soraya, el sol se había oscurecido, un largo eclipse sería quien decorara el cielo toda esa época. Ni siquiera podría ver la luna por su causa. Una mano agarró mi cabello con tanta furia que pensé que me lo arrancaría. Mis gritos espantaban a los pájaros que ya habían determinado una guarida poco antes en los árboles de la universidad. Fueron los únicos que reaccionaron. Me subió en el auto, sí, me subió a la fuerza, lo digo para que no le quede dudas a nadie. Di lucha. Los golpes vinieron uno tras otro. Al inicio, un gran golpe en mi nariz me dejó aturdida unos minutos. Aun cubriéndome la cara, estiré la mano para alcanzar el volante del auto ya en movimiento. Me tomó del cabello y me golpeó en el tablero. Ahí te conocí, Soraya, las dos nos miramos confundidas, quietas, con sollozos atorados en la garganta, te vi en el espejo retrovisor. Sentimos que el auto paró, no parecía ser tan lejos de donde comenzó todo. Tu rostro me lo dijo todo. Tus grandes ojos parecía que se nublaban para no ver lo que pasaría. La bestia empezó lanzando objetos: latas de cerveza, un teléfono celular, unas llaves, unas gafas, todo lo que encontraba mientras decía: *¿Por qué mierda gritaste? Maldita zorra. Te voy a arruinar*. Me arrastró de la misma forma con la que me subió al asiento de atrás. Estabas tú ahí, Soraya, agarrando mi mano, gritando, pero no se escuchaba, ni siquiera yo que estaba frente a ti te escuchaba. Con un paraguas él me golpeó en la cabeza, creo que el paraguas era mío, la verdad, ni lo recuerdo… solo sentí ese golpe sordo. A pesar de eso, Soraya, seguí luchando. Reconozco que ni mi mente, ni mi cuerpo habían tenido

oportunidad de pensar cómo luchar bien. Así que fallé estrepitosamente. Soraya, tú observabas con desesperación cómo mis súplicas eran como humo saliendo de mi boca, humo que se elevaba al cielo y era rechazado, humo que no podía bajar porque el planeta no lo aceptaba de vuelta, desde su núcleo estaba lleno de vergüenza al verlo. Solo tú, Soraya, escuchabas e intentabas desatarte de manos para alcanzar las mías. Aún recuerdo mis gritos, con tanta claridad, que siento en mi garganta ese ardor agudo. Ese día, tú eras quien me llevabas caminando por esas oscuras calles, despojada de mis pertenencias. No podía ser nadie más que tú.

No sé cuándo fue la primera vez que me enteré de tu existencia, querida Soraya. Fue antes de cumplir mi mayoría de edad en una cooperativa que me llevaba al sur de mi país, a mi Loja, no logré ver el final porque algunas personas pidieron que suspendieran la película dada la crudeza del final que se avecinaba. Tu final, Soraya, esas personas buenas para nada prefirieron no saber las injusticias que se cometieron en tu contra por cobardía. Obviamente, sin saberlo, al otro día busqué la película en internet y decidí verla. La película se llamaba: *La lapidación de Soraya M*.

Soraya M., eras una mujer que creció en un pueblo alejado y con tradiciones fuertes. Habías sido casada y cumplías con un rol tradicional dentro de tu familia. Recordé con gracia mis pensamientos: yo también seré bien casada y claramente deseé esa suerte, pero la película tenía en su nombre la palabra lapidación, claramente nada podría ser bueno en realidad. Se descubrió a los pocos minutos que, Soraya, vivías un verdadero infierno en tu matrimonio, que no tenías dinero y que mucho menos tenías libertades que yo sí disfrutaba. Tu marido te golpeaba, humillaba y tomaba todo de ti con gran furia. Por si fuera poco, él quería desposar a una niña de 14 años, quien hubiese podido ser su hija. Aunque en la ley islámica se puede tener hasta 4 esposas, las condiciones para permitirlo eran estrictas. El hombre debía dar en igualdad a ambas esposas y sustentarlas bien, cosa que no hacía ni contigo, Soraya M. La otra solución era divorciarse, pero en este caso debía devolver tu dote, Soraya, a tu familia (el dinero no lo tenía, obviamente). Viéndose sin oportunidad de tener a la niña de 14 años como esposa, decidió tomar todas las medidas fuera de proporción solo para cumplir su capricho. El *gran hombre* decidió acusarte, Soraya, de adulterio. Te condenó con 4 testigos falsos a morir por lapidación. Así fue cómo, Soraya M., moriste, bajo una lluvia de piedras. La historia se supo, pero nunca sabremos qué pensabas, Soraya, a lo largo de todo ese martirio. No tuviste voz, solo hay una foto de tu infancia.

Hay una escena de tu película, Soraya, en la que pienso casi a diario. Apareces con las palmas de tus manos mirando al cielo, con tu cabeza inclinada hacia abajo, llorando, como si fueras a rezar bañada en sangre. Tengo en mi mente una sola cosa: te veo, Soraya, enterrada hasta la cintura despojada de cualquier dignidad, intentando esquivar las piedras que lanzaban vecinos, amigos y familiares. Creo que toda niña nace con el cuerpo enterrado hasta la cintura, todas nos enfrentamos a las piedras que nos lanzan, aguantamos los golpes, ni siquiera limpiamos la sangre que vierten nuestras heridas, solo intentamos esquivar… cuando camino, esquivo la mirada de personas que nos hacen gestos impropios, esquivo *piropos* que *halagan* mi inexistente escote o mi inexistente falda corta, porque también esquivo ropa que pueda hacerles creer que busco su atención, esquivo la soledad con un hombre, esquivo los grupos de hombres, esquivo las porquerías que me dicen aunque ya las haya escuchado, esquivo sus miradas furtivas, esquivo. Cuando camino, voy con mis llaves preparadas, ya saben cómo, para pelear. He visto jóvenes, como nosotras, Soraya, con paraguas agarrados, como si se tratasen de lanzas o espadas, con gas pimienta, con navajas… La inseguridad no solo está en las calles; al llegar a casa para algunas es un peligro mayor, como lo fue para ti Soraya. Muchas evitan a sus tíos, a sus abuelos, a sus primos… a las mismas mujeres que se sumaban a la lapidación, que no son pocas.



Figura 7. Soraya durante la lapidación, 2008. Fotograma de La lapidación de Soraya M. dirigida por Cyrus Nowrasteh.



Figura 8. Manos de Soraya durante la lapidación, 2008. Fotograma de La lapidación de Soraya M. dirigida por Cyrus Nowrasteh.



Figura 9. Soraya después de la lapidación, 2008. Fotograma de La lapidación de Soraya M. dirigida por Cyrus Nowrasteh.

Jamás imaginé que se sumarían a mi tortura varias buenas amigas a quienes saludaba con abrazos. Aún me siento ingenua y, aunque de verdad pienso que no tienen la culpa de haber aceptado la realidad y adscribirse a ella… me siento lapidada por ellas. Me siento lapidada. Siento que tal como a ti, Soraya, a pesar de haber vivido un martirio, nos condenaron al final de la peor forma. Así es. Siento que me miraban y, luego, apuntaban sus piedras hacia mí. Siento que miraron mis ojos y los condenaron a la oscuridad. Me miraron y dejaron que golpe a golpe mi vida se convirtiera en el más ardiente infierno. Ese es el pesado resentimiento que llevo sobre mi cabeza. Me pregunto si esta oscuridad también te cubrió, Soraya. Aunque no fueron las piedras las que terminaron conmigo, me siento lapidada. Cada día despertaba esperando estar acabada para al fin morir, pero no se acababa nunca, cada día había un golpe nuevo.

Hoy despierto esperando no estar acabada. Aunque la muerte parecía tentadora, pensando en que tú, Soraya, no tendrás que soportar un golpe más, también debía aceptar que la muerte se apartaba de mí. La muerte no me quiso recibir y ahora nos rehuimos. Tal vez es por incomodidad o falta de interés, a la muerte no le interesó atesorar mi alma. Hoy siento que la muerte y yo no podemos encontrarnos, al menos no hasta que llegue el inevitable momento final y dicho momento será determinado por el mismísimo Dios. Nosotras, por ahora, no estamos dispuestas a vernos. La muerte y yo establecimos una distancia compleja; cuando quisieron entregar mi alma, no la aceptó; cuando yo le ofrecí mi alma, tampoco. Me rechazó dos veces, asumo que me ve como aquella mujer que se humilló por concretar su entrega y yo la veo como aquella a quien rogué demasiado que me recibiese dejando mi dignidad a un lado. Como esa pareja del aula o trabajo que se separó y que incómodamente tienen que convivir rehuyéndose, así es, muerte y yo, ella habiendo rechazado mi amor y yo habiendo rogado demás. Caminaba destruida y aparentemente muerta, pero… Ahora que pienso en mi amiga, la muerte y su rechazo, al final, no es coincidencia que tu historia circule por la película o por el libro que le dio origen. Al final, Soraya, no estás tan muerta como hubiese querido tu marido. Y yo tampoco estoy tan acabada como otros hubiesen preferido o como yo hubiese querido. Estamos aquí, tú y yo; entre las líneas, yo; y, en tus ojos, tú. Estás escuchando mi voz y yo estoy esperando que me leas, estoy gritando con tinta que no estoy acabada, aún no.

Lapidación



Figura 10. Magdalena penitente, 1864. Pintura de Antonio Ciseri.

A Soraya M. de Irán, porque aún tengo mucho que decirte…

Y tengo una solicitud, quiero que mi seudónimo sea: Soraya, dije. Con esa solicitud empezó un camino escabroso para mí. Te voy a contar, Soraya, te contaré por qué me siento con el derecho de decirte que me he sentido lapidada. Ya demasiado tiempo hemos estado solas sin saber nada de lo que nos une, nada de lo que nos ata; pareciera que te he forzado a unirte a mi dolor, hoy quiero cantarte de la crueldad para orar juntas a Dios, a Allah o a quién sea que estuvo mirándonos en nuestras lapidaciones y sacar todo aquello que se ha quedado dentro de mí causándome punzadas que parece serán eternas.

Tu pena claramente fue mayor que la mía, pero ¿cuántas otras en Irán o Ecuador habrán tenido tu misma condena? Ahora recuerdo a Karina del Pozo, torturada y golpeada hasta la muerte. Golpeada varias veces con una piedra en su cabeza. La justicia pareció proceder condenando a todos los sospechosos de la muerte de Karina, pero ya estaba muerta. Ya su hermoso rostro no será más. ¿Qué pasa con los juicios y procesos legales cuando estamos vivas? Como tú lo estabas, Soraya, cuando tu juicio se dio a cabo. La palabra de un borracho que convenció a 4 hombres sin conciencia para condenarte a muerte, esas palabras sucias de mentira pudieron contra tu inocencia. Y yo, después del vil acto del que fuiste testigo, tuve que enfrentarme a un procedimiento similar.

Después de haber vivido la más dolorosa de mis noches, lo más duro acababa de empezar… no sabía quién era la persona en la que me había convertido. Ver mis manos era una experiencia sobrenatural. No reconocía mis dedos, ni nada de mí. No estoy segura de tener las mismas manos con las que nací. Una dulce profesora me ayudó a iniciar el proceso, con su aliento me sentí esperanzada. Parecía que había una forma de salir de ese callejón tan escabroso del que me dijeron que no había salida. Me enteré de que en la universidad había un órgano regulador para el tratamiento de estas situaciones, cuando llegué, me sentí aliviada e ingenuamente pensé que me iría bien. Desgraciadamente, en mi segunda visita todo se comenzó a oscurecer. De repente, nada estaba tan iluminado. *Yo no sé por qué denuncias si el profesor es joven, guapo y bueno*. Una corriente eléctrica recorrió todo mi cuerpo y me quitó toda la energía que había tenido esos días. Desde aquel momento, siento con dolor que cada parte de mi proceso fue una humillación tras humillación, una tras otra, tras otra. Pasé de rogar piedad a mi verdugo, a rogar piedad a cualquiera que tuviera la más mínima capacidad de ayudarme. Pasé a llorar a quien fuera para que, por favor, pusiera las medidas de protección que necesitaba, pasé a rogar a mis cercanos que me creyeran porque no estaba mintiendo, pasé a rogar a los testigos que, por favor, se presentaran a declarar, pasé a pedirles a mis amigas que no me dejaran.

Destruir la reputación de una mujer es bastante sencillo, basta con que se diga que se acuesta con muchos hombres, o que coquetea a muchos hombres, o que sonríe a cualquier hombre, o que se viste provocativamente, o que va a lugares inapropiados, que se maquilla como una cualquiera, entre tantas cosas. La imagen de una mujer no ha dejado de ser una controversia, la virginidad de una mujer no ha dejado de ser ideal, el número de parejas de una mujer debe ser siempre un secreto. Incluso las mayores aconsejan callar ese tipo de cosas. Las mujeres están sujetas a una perfección que puede resultar imposible de alcanzar. Nacemos con una cadena en el cuello, con esposas en las manos y con un espejo al frente. Nos gritan que caminemos derechas y que arreglemos nuestro cabello. Exigen que seas madre, que trabajes, que estudies, pero que no opaques al varón. Es agotador. Cada insulto como zorra ha sido diseñado para matar el espíritu y la autoestima de una mujer.

Valiéndose de las más viles mañas, varias personas intentaron destruir lo poco que quedaba de mi yo de aquella época. De hecho, decidieron hacer de mi vida en esa universidad una pesadilla. Me sentía enterrada hasta la cintura, siendo golpeada por piedras. Cuando decidí romper el doloroso silencio que me acompañó toda esa pesadilla, un montón de personas decidieron golpearme con insultos y desconfianza. Nadie parecía creerme, sentía que nadie me creía. Cada día había un nuevo insulto o chisme, y algunos fieles amigos profesores de la bestia me reprochaban en sus propias clases mi decisión. Se comenzó a rumorear que yo había tentado al 'profesorucho'. Si tentar es haberle tenido temor, sí, me declaro culpable. Si tentar es no querer ni mirarlo por el desprecio, sí, me declaro culpable. Ah, mira, una duda, ¿también pedí los golpes? ¿Eso se gana al tentar? Se comenzó a rumorear que denuncié porque me había dejado. ¿No les contó cuántas veces le pedí que se alejara de mí? Se comenzó a rumorear que había quedado embarazada de algún hombre desconocido y que había abortado. Se rumoreaba que tenía problemas mentales y que no sabía lo que decía. Se rumoreaba que estaba destruida y que iba a perder. Se rumoreaba que era mala estudiante. Se rumoreaba que el 'profesorucho' iba a salir victorioso. Cuando caminaba, todos parecían verme con furia; me volvía loca. Todos saltaban a decir lo magnífico que era el 'profesorucho' y yo los veía con furia, con heridas abiertas en mi frente, en mi pecho, en mi cuerpo, en mis piernas. Caminaba sobre fuego. Golpe a golpe y no moría. Caminé por los pasillos sangrando. Pensaba que tú, Soraya, habías sido afortunada por haber muerto; te envidiaba porque yo no. Me repetía una y otra vez que: Dios se lleva a sus favoritos primero.

Aún lloro interminablemente cuando recuerdo esto, solo hay una testigo de lo mucho que me costó seguir estudiando después. Cada día las letras se difuminaban en mi libro y no me dejaban leerlas. No puedo cuantificar cuánto me costó terminar. Algunos decían que debía rendirme, hoy creo con sinceridad que nunca hubo una razón válida para ello.

Purificación y fuego

No tocarán ni nuestra sombra, el fuego será más gentil que esos hombres

Padmavat

Hace poco vi otra película. Estarás pensando que es mi única fuente de información, pero, espera, esto es importante. Se trataba de la historia de la reina rajput Padmavat. Ella era tan hermosa que el sultán Alauddin, sanguinario líder del sultanato de Delhi se obsesionó y provocó una guerra por poseerla. Debes saber que ella no podía mostrarse a ningún otro hombre por tradición, ella era un rajput. Los rajputs son una casta muy valiosa de la India, y aunque los vi pelear con gran furia en la película, creo que lo más relevante de este pueblo eran sus principios. Me sorprendió la honestidad, la alegría, la ética; pero lo que más llamó mi atención fue el gran sacrificio que eran capaces de hacer por defender su honor. En la batalla final que mostraba la película, el rey murió, lo que significaba una inminente derrota. La reina y las mujeres decidieron hacer un ritual, el Jauhar, la última lucha. Sabiendo que la intención de los soldados enemigos no era noble para las mujeres, encendieron una gran hoguera, una gran fuente de fuego y se tiraron una a una a las brasas; sin importar edad o estado, una a una fue entrando a las llamas. Cuando el enemigo entró, solo vio los restos que el fuego dejó.

El Jauhar era un ritual, donde mujeres y niñas se inmolaban juntas para evitar que el enemigo las capturara, esclavizara o violara. Se realizaba cuando sabían que perderían en una guerra. También estaba el Saka, que era una tradición en la que los hombres iban al campo de batalla sabiendo que solo encontrarían una muerte segura, esta tradición era únicamente para hombres. Pero el Jauhar no, algunas mujeres se lanzaban junto a sus hijos varones pequeños porque eran víctimas de los mismos males en una conquista. Se valoraba el honor más que la vida. El fuego era la única manera aceptada para realizar este ritual, no podría ser solo un suicidio, se debía arder en las llamas para que ni los cadáveres fueran profanados. En la representación cinematográfica del 2018, Padmaavat decía a sus hermanas: ¡Nosotras nos ofreceremos al fuego santo y realizaremos el Jauhar! Aquellos que desean nuestro cuerpo no podrán poner sus manos encima, ni siquiera de nuestra sombra. Nuestros cuerpos serán reducidos a cenizas, pero nuestro orgullo y honor se mantendrán inmortales. ¿Y tú saltarías? ¿Saltarías al fuego con tus hermanas para evitar ser ultrajada?

Me miré en el espejo. ¿Qué harías tú? ¿Te tirarías al fuego? ¿Qué prefieres? Sinceramente, me habría lanzado a las brasas sin titubear si hubiese sabido todo lo que vendría. Mi piel me estorbaba, mi carne estaba podrida, mi cabello era una condena, yo estaba descompuesta, dañada, rota, destruida, muerta; con un corazón palpitante pero muerta. Me habría lanzado para evitar verme convertida en eso que vi en mi espejo todas las mañanas. Un día, me levanté siendo una universitaria con ambiciones y después de las 9 de la noche lo único que vi en el espejo fue… nada, no puedo ni siquiera decirlo con palabras… yo ya no era nada, me quería despojar de mí misma. Mi piel, yo, como un cuerpo, estaba contaminado. Sentía que mi piel tenía una especie de enfermedad que desprendía un olor asqueroso, fétido, olía a una gangrena, a una muerte lenta dolorosa, a una descomposición lenta de toda mi piel por ser contaminada con ese toque indeseable que hizo podrir mi ser, aunque solamente yo podía notarlo.

Yo, como un cuerpo, era el problema. De alguna forma, ser como era me entregó a las fauces de ese despiadado animal. Me refiero a mi ser como un objeto tangible de este espacio, cada una de sus partes sin excepción alguna, desde mi cabeza, mi cara, mis orejas, mi cuello hasta mis pies torpes. Me refiero a la materia que me contiene. No me había dado cuenta, pero yo aceptaba ser un vaso frágil (quien pueda entender la referencia, diga amén). Ser un vaso de ese tipo, implica estar en una vitrina, así debe estar uno de esos vasos. Salir al mundo solo te servía para verte diferente. Es que no eres de este mundo, decían… Pero vivía aquí y no sabía defenderme. Se supone que nada ocurriría si mantenías tu vitrina cerrada, pero aceptar ser un vaso de ese tipo implicaba ser vulnerable deliberadamente. Perdonar, olvidar y pensar lo mejor de todos. Yo era un vaso, mi ser estaba contenido por un cristal delgado: mis sueños, mis ambiciones, mi esencia… todo de mí había sido adaptado para entrar en el molde de vaso que me indicaron ser. Yo calzaba de mil maravillas y estaba preparada para mantenerme así. Mis sueños no podían crecer demás porque se rompería el cristal y sería cuestionada por no ser cuidadosa. Sería cuestionada por dejar que el cristal se trisara. Dejé muchas cosas de lado para cuidar mi cristal. Los malos pensamientos también eran algo que no debía entrar a mi vaso o lo ensuciarían. Mi piel entonces era ese cristal delicado. Mi cuerpo era ese vaso frágil que no tuvo idea de cómo reaccionar a nada porque desconocía que en este mundo hay la innegable y constante posibilidad de que un hombre te haga daño donde sea. Quién, en verdad, soy, quedó silenciada, no sabía nada del mundo, ni de mí. Cuando los fuertes golpes llegaron y el tironeo me despojó de parte de mi ropa, el cristal fue roto. Cada uno de los pedazos se hicieron polvo y no pude recogerlos, no había forma de pegarlos. Todo

lo que había dentro se derramó y se perdió en las calles de Quito. Cuando llegué, no estaba el cristal, no estaba yo, no había nada más que un cuerpo enfermo en descomposición. La muerte del molde me logró rebelar lo que aborrezco, de lo que me debo cuidar, contra lo que debo luchar y sobre todo lo que quiero ser.



Figura 11. Jauhar, 1567. Ilustración según lo representado por Ambrose Dudley en Historia de las Naciones de Hutchinson, 1910.

Yo quiero ser como Padmaavat. Quiero tirarme a las brasas del fuego para evitar que un hombre me ultraje nuevamente. El fuego sí que sería más gentil. Cuando empecé mi denuncia, sabía que, si bien mi Jauhar no sería como el de Padmaavat con fuego y una muerte que no dejarían mis cenizas para el disfrute de los demás, sería un salto al vacío para luchar por mi integridad, mi honor, mi buen nombre… Esperaba que las mujeres saltaran conmigo a la lucha, como lo hicieron las mujeres del reino con Padmaavat, saltando al fuego con sus mejores joyas y con sus hijos. Nadie saltó conmigo, algunas mujeres me ignoraron y otras me lanzaron piedras. Pocas personas se quedaron, fue la época en la que más me lamenté sentirme sola. En serio esperé que saltaran conmigo como en la película de Padmaavat. Yo no era reina, era su par. Ahora que lo miro en retrospectiva, en ciertos momentos me llena de orgullo, sola me lancé a una lluvia de piedras y sola me lanzaría al fuego si fuese necesario. Si sientes que no tienes con quién saltar, acuérdate de mí, salta conmigo al fuego… créeme que ni el silencio ni tu verdugo son más gentiles que el fuego o las piedras. El silencio solo es un grillete de cuello y el aguantar es una eterna tortura.

Ofrenda



Figura 12. Los abuelos de la Rinconada, 2010. Fotografía anónima.

En la Rinconada, la ciudad del distrito de Ananea, de los grandes Andes peruanos, hay un sinnúmero de establecimientos dedicados a los negocios de la noche. Hay tanta prostitución como frío, quise decir que había tanta prostitución como oro… Pero ¿qué tanto oro puede haber en un lugar donde todos temen por sus vidas? Un lugar donde reciben agua del glaciar. ¿Qué tanto éxito se puede alcanzar? Un lugar donde las prostitutas son niñas y mujeres traídas a la fuerza. Como becerros maniatados llevados al altar, donde una daga los desollará y los dejará en nada. ¿No es lo mismo? Por el bien del hombre, siempre por el bien del hombre y nada mejor que un sacrificio santo, puro, blanco… como mujeres ingenuas, secuestradas o niñas separadas de sus madres. ¿Qué puede traer más bien? ¿Cómo un hombre no puede estar bien así?

Debo confesarte que mis manos se sintieron sucias solo de escribir eso. Es imposible pensar que un violador o abusador escoja a una víctima que le pueda dar frente. Claro, el león no caza leonas y el lobo no ataca lobas. ¿Por qué se atacaría a otro igual? No hay manera, no hay, no hay forma, no la hay… Es fácil, o más fácil. Yo pienso que

llega a un punto donde el ojo del depredador está tan entrenado que no le hace falta más análisis de presas que el que se tiene a primera vista.

Es como cuando alguien te dice: si me quieres, harás tal como te indico. Si no encuentras el problema en esa frase, tú eres una horrible persona o te están manipulando. Se sabe que es un problema y que deberías salir corriendo para huir de esa persona. Claro, muy útil ese entreno. Muy bueno, muy conveniente… pero esta práctica no solo se encasilla en mecanismos de defensa de una persona contra manipuladores. El lobo también entrena su ojo para ver a qué morder, a qué matar, a lo que le serviría más… mejor comida a menos coste energético.

Mismo principio, el abusador querrá a una víctima débil, poco experimentada, un poco distraída, pequeña para poder aplastarla mejor, con menos poder para poder aplastarla mucho mejor, una víctima que vaya por los pasillos riéndose de todo pensando que no le acecha nada. Obviamente, no se iba a fijar en Marina, incluso sus compañeros le tenían miedo, ellos que asumían que todo de ella los iba a aplastar si se metían con ella. Nadie le reclamaba absolutamente nada y ella parecía ir armada siempre. Su aspecto era acorde a esa fortaleza que manifestaba. En cambio, yo, yo me veía como lo que era, una mujer en una pecera.

Todo se trata de una misma cosa, por ejemplo, en el antiguo testamento se escogían pequeños corderitos sin manchas, ni una pizca de cuernos en su cabeza, así, pequeños, sin ningún defecto para que la ofrenda no fuera despreciada por el gran Yo Soy, perfectos. Caín cometió un error, llevó su ofrenda y no era lo suficientemente pura para limpiar sus pecados. Desde ahí se tuvo la clara pauta de cómo elegir la ofrenda para conseguir el añorado perdón que tanto ansiamos. Me inquieta la manera en la que funcionaba el perdón; el gran hombre tenía que matar un animalito inocente y de esa manera haría un borrón y cuenta nueva del golpe que le dio la noche anterior a su mujer porque salió sola por la mañana, de la mentira que dijo sobre el peso neto de grano que estaba vendiendo, de la mentira que le dijo a su mujer cuando dijo que iba a los campos, pero en realidad estaba cometiendo adulterio. Al parecer funcionaba bien. Al fin y al cabo, ¿a quién le importan los corderos cuando el hombre se siente libre de pecado? Es por el bien del hombre, de la humanidad.



Figura 13. Pintura Agnus Dei, 1635-1640. Fuente: Francisco de Zurbarán, San Diego Museum of Art.

Al menos en el nuevo testamento sacrificaron a otro hombre, un par… bueno, uno pacífico, hijo de un carpintero, tranquilo, nazareno, seguido por necesitados, sin ejército, sin armamento, sin apoyo político y, obviamente, sin culpa alguna. ¿Qué te diré? Yo digo que estuvieron un poco cerca. De todas maneras, Yeshua salvó a una mujer de una lapidación y la tuvo cerca por un tiempo, de alguna manera demostró tener una fortaleza especial, inigualable, ofensiva e inamovible. Claro, me imagino que, si él hubiese estado en el mismo lugar que las secuestradas de la Rinconada, las habría acogido bajo su protección en su ruta nómada de predicaciones metafóricas que no eran entendidas ni por sus discípulos. En todo caso, entre ofrendas nos entendemos… Así que él y yo seremos grandes amigos, mal que bien, el daño está hecho.

Uno de los regalos más valiosos para dar siempre fue, son y serán: mujeres. Nada mejor que una mujer despojada de cualquier valor para complacer a un hombre. No importa si es tan inocente como el cordero o tan perfecta como Yeshua. No importa si es como un gorrión o como una codorniz. Este tipo de regalos calman un montón de conflictos que se relacionan con deudas, peleas, herencias… Pero ¿qué no puede calmar una ofrenda? Calma la ira de Dios y se supone que el asesinato despiadado del perfecto

Yeshua lo calmó, calma y calmará para beneficio de la humanidad hasta el gran juicio. Una ofrenda femenina, y me refiero a regalar una mujer, puede calmar guerras. Las mujeres llevadas a la Rinconada calman el furor de los hombres de ahí. La ropa interior de mujer usada con o sin sangre puede calmar a los abuelos de la Rinconada. Las imágenes de niñas y mujeres, aunque sean dibujos, pueden calmar los extraños impulsos de un predador en Japón, donde las violaciones y abusos a menores se han minimizado dramáticamente, dejando este contenido tan explícito. En las guerras, ¿qué puede calmar a los soldados después de la resolución? ¿Qué puede calmarlos después de matar y presenciar asesinatos? Las mujeres del enemigo, aquellas que encontraron ahí. Nadie los detenía, ni condenaba, demostraban que tomaron todo. Y todo se trata de ofrendas.

En todo caso, las ofrendas deben ser escogidas por alguien… Sea el gran hombre en busca de una expiación de sus pecados; sea un rey en guerra en busca de paz o sean los alumnos del hombre con impulsos desenfrenados que no puede vivir consigo mismo, que nada le contenta, que nada le da paz, que vive en un interminable síndrome de abstinencia sin saciedad de sed ni de hambre. En mi sacrificio, la determinación de ofrenda fue bastante atropellada, difuso, forzado, destinado, violento, injusto, insuficiente.

Mientras que mis compañeros pensaban que la ofrenda solo serían 20 dólares por alumno, yo me sentía un poco más que amordazada. Los estudiantes no tuvieron mayor problema en declararse a favor de la cuota con tal de que todas las notas del curso (las cuales no pasaban de 13,5) sean promediadas con un 20. Lo que no sabían era que esa cuota tenía un precio añadido. Un precio que debía ser pagado por mí, como si yo no hubiese tenido la nota más alta, por ayuda de Josefina; como si yo hubiese pecado; como si yo hubiese ofendido a ese ‘profesorucho’ que ni enseñaba lo que debía; como si yo hubiese pedido ser el sacrificio o la ofrenda. Ah, pero mis ojos no eran los de un carnero a punto de ser sacrificado, no eran los ojos de Isaac al aceptar ser sacrificado por su padre: mis ojos eran dos navajas envainadas bañadas en lágrimas… No podía desenvainar mis armas, pero hoy juro que no pasaría ni un aleteo de colibrí sin sacarlas a la guerra si se vuelve a presentar.

Mismas condiciones. En realidad, era la que menos necesitaba la ayuda por mi gran 13 y no había incurrido en una falta tan grave como para sentirme cómoda con el precio extra que se me solicitaba. Por ello, decidí prudentemente (claro, porque tenía conciencia de todo) contárselo a un par de amigas que con asombro se indignaron de mis reparos. *Un ride a tu casa, un ride por un 20 para todo el curso* —sí, sonaba inocente.

¿Por qué iba a hacer *escándalo*? Pero imagínate si me hubiese subido a ese carro voluntariamente. Cuando rechacé la oferta, garanticé que mis compañeros y yo pagaríamos todo el gasto para que el desvergonzado, que hacía de 'profesorucho' mediocre en Ecuador, pueda empastar e imprimir su librito con poco éxito. Libro con varias falencias. Libro que nadie compró. Libro que solo lo compró aquel estudiante que 'salamereaba' a todos los profesores, sin discriminación, para que le regalaran puntos. Nuestra ofrenda no era humilde, eran 20 dólares que íbamos a sacar de donde fuera. No era una mujer, claro; pero gastar 20 dólares en un librito de mierda que nadie consideraba como una obra teórica, válida y clara, era una ofrenda que demandaba mucho sacrificio para todo el curso. *Suficiente* —pensé inocentemente.



Figura 14. Pintura Agnus, 2022. Fuente: Konstantin Kolobov.

Creo que las personas somos tan inocentes e inmaduros como un cordero de menos de 1 año hasta los 20 años, a los 23 pareciera que la vida cambia y a los 30 no hay vuelta atrás. Yo tenía 19, cristiana de nacimiento, instruida a ser idóneamente sumisa, lo suficientemente ingenua como para olvidar la mala propuesta que había sido suavizada por mis otras ingenuas compañeras. No creí que fuera un problema mayor, porque se hicieron los libros. Oh, el corderito de aquella época ni siquiera sabía que no era tan inocente ofrecer un ride a una alumna 15 años menor. Y claro, decidí decir: *sí, no es para tanto*. Menuda estupidez; era para tanto, y cuando te dicen: "*no es para tanto"*, hay más probabilidad de ganarse la lotería a que ese "*no es para tanto"* sea verdad. Me deslindé un poco de aquella situación del libro para poder escupir el suelo por el que pasaba la miseria de esas páginas y para evitar pagar ese precio agregado, ese sacrificio extra.

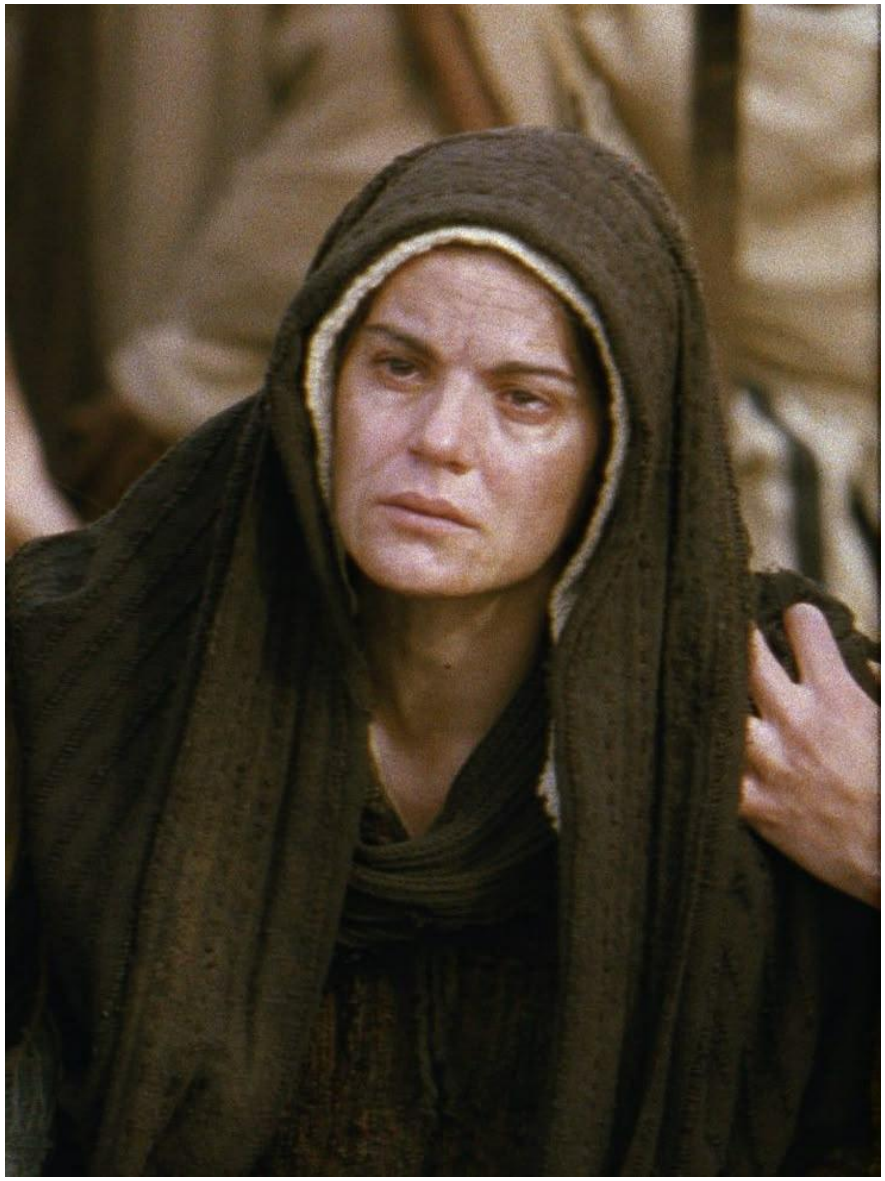


Figura 15. María, madre de Jesús, 2004. Fotograma de La pasión de Cristo dirigida por Mel Gibson.

Hablando de precios extras… Dios perdonó, perdona y perdonará los pecados del mundo a cambio del sacrificio de Yeshua. El precio que conocemos, pero la ofrenda tenía que ser perfecta, el sacrificio fue perfecto. Yo quiero hablar de ese precio pagado por una mujer: "(y una espada traspasará tu misma alma), para que sean revelados los pensamientos de muchos corazones" (Lucas 2:35, Reina Valera 1960). Esto fue lo que Simeón le dijo a María después de bendecir al niño Jesús. En el cristianismo protestante, María no tiene tanto protagonismo como en el católico. De hecho, yo no estuve consciente de ese precio, del dolor, hasta que vi la imagen que presento para este pasaje. Lo sagrado del sacrificio no vino solo dado por la tortura al Mesías, vino también por la espada que traspasó el alma de una mujer. María cumple con todo lo que una ofrenda requiere, es santa, buena, virgen, sumisa, entregada y libre de mancha. Dada su santidad, creo que cualquiera puede pensar: ¿no es injusto que una mujer perfecta tenga que sentir que una espada traspase su alma por el bien de los hombres? Creo que habría sido mejor alertarla desde la anunciación que dio el arcángel Gabriel, aunque pensándolo bien, de todas formas, no pudo haberse evitado,

Ningún conjuro iba a evitar lo que se avecinaba, ninguna plegaria, ni uno de los doce rosarios, ni una estampa, ni un crucifijo de oro blanco, ni caminar en la romería de ninguna virgen.

Igualmente yo, mientras más permanecía en ese espacio, me cubría una pesada piel de cordero con lana larga, blanca y sin mancha; perfecta para un sacrificio. Me sentía desnuda bajo los ojos del verdugo, que no pasaba de ser un ente desesperado, enfermo y desenfrenado; pero cuanto más recuerdo, me pregunto cómo no pude sacarle los ojos con mis uñas ese mismo instante. No es que no tuve arrebatos en clase o público. Recuerdo aún que después de diez días de haberme contaminado con sus asquerosas manos, llegó diciendo que no había extrañado nada a mi curso, que había tenido algo mucho mejor. Me hirvió la sangre, me ardieron las heridas y le grité que nosotros tampoco habíamos extrañado para nada su clase desactualizada. Esa fue la primera vez que bajó esos humitos de gran profesor y líder, miró al suelo sin contestar mientras le miraba fijamente, el arrebato de ira me duró poco porque las lágrimas golpeaban violentamente mis ojos para salir. Así, me fui de clase para sentarme en el sexto piso como una gran perdedora. Obviamente, se trataba de una mala interpretación del momento, había puesto un arma en la sien de cabeza nublada, esa era la situación.

Debo aclararte que lo pensé, pensé en pararme a clavarle mis tijeras, mis uñas o el mismo libro… Pero me sentía atada de manos con una cadena que sostenía con gran

vigor un diablillo bastante malévolo, pero muy desgraciado. Un diablillo que solo podía mirarme directamente a la cara, a mis ojos, únicamente cuando estaba ahorcándome. Y no, no me arrepiento de tener esos malos pensamientos. Dicen que se puede pecar con el pensamiento, no me arrepiento de pensarlo, no, ni un segundo.

Por eso, te pido, luna, no salgas, que no veas, que los testigos fueron demasiados y que no hay manera de que tus llaves de oro y plata puedan abrirme una puerta de escape. Resulta que no tenía ni una armadura, resulta que Dios no puso un vallado de ángeles del cielo, resulta que el tiempo pasaba entre dos lunas falsas y que lo único que tenía en defensa mía era un velo ligero. Aún siento el ardor en mi garganta, aún siento la sensación de esas manos sobre mis piernas y aún siento mi sangre tibia bañando mis heridas. Y qué dramático, ¿no? Demasiado. Ahora no me cabe la vergüenza de sentirme así. No es que el hecho haya sido poca cosa, quien lo hizo sí. Ni siquiera pudo escoger una buena defensa o justificación cuando necesitó inventar una. Tenía las amenazas más originales para mí, pero cuando se trató de justificarse ante una autoridad, la historia cambiaba. Las palabras no eran suficientes, los acuerdos eran limitados, nada de coherencia. Aun así, me sentí en el mismísimo infierno cuando me enfrenté a su locura, a los desquiciados deseos que tenía, a mi encierro, a mi ingenuidad, a mí.

Dios rechazó la ofrenda de Caín cuando vio que no era lo suficientemente buena, no tomó a la fuerza ninguna otra ofrenda. Cuando se trató del mal de toda la humanidad, sí que tomó el dolor de María para sí, sin anunciaciones previas, y concretar el sacrificio perfecto. Me pregunto qué tan pesado era el deseo que hizo que el energúmeno que me encontró decidiera tomar la ofrenda que más le gustaba a la fuerza. Si bien, al final del semestre todos pasamos con notas decentes y el bien del grupo se garantizó… la ausencia de mi bienestar no se compensaba con un 19 en el reporte. Después de aquella fatídica eternidad que viví en una noche, las amenazas no se hicieron esperar… pensé que eran ciertas, me prometió quitarme todo. Por mi parte, ni siquiera sabía quién era yo, ni qué era lo que enfermaba mi piel, obviamente creí en sus amenazas. Me senté en el piso a ver la vida que no tenía pasar, me senté en el lodo para gritar en silencio y mis ojos se hundieron en mi cráneo. No veía la realidad. Me había dominado el perro más flaco y débil del caserío del mal. Pero todo el resentimiento se fue acumulando. Estaba en la Rinconada de mi propio mundo, había sido arrebatada como ofrenda a los demonios que cuidan el cerro para que el hombre más repudiable pudiera sentirse complacido.

La ofrenda evita que el destino sea violento. 'Profesorucho' y estudiantes estaban a mano. Los estudiantes pasaron y no les era necesario hacer mayor escándalo. El 'profesorucho' se iba pensando que la *misericordia* que tuvo con las notas era suficiente premio de consuelo para todos los estudiantes, se pensaba que todo iba a estar bien y que nada podría desviar el camino que marcó. Tal como en los sacrificios de antaño, Dios quedaba satisfecho y el hombre quedaba perdonado, no había desenlace violento… aparentemente. Pero nadie considera la violencia que hubo en medio. Nadie considera que fue degollado un cordero. Asimismo, nadie consideró que hubo más violencia de la que se hubiera presentado si las notas hubiesen sido las originales. Dar un supletorio habría sido más deseable. Pero en ese tiempo no era así como se veía y las notas no eran más que una excusa. En realidad, no hay sacrificio que no sea violento, no hay una ofrenda sin la necesidad del sacrificio. El sacrificio puede ser criminal, el sacrificio puede ser violento, todo lo que pueda ser por el bien del hombre.

En todo caso, ¿no soy una santa? Aún cargo con el peso del sacrificio. ¿O debí morir para contar como sacrificio y, por ende, como ofrenda de olor agradable, puro y santo? O, por otro lado, ¿debí callar para figurar como ofrenda perfecta? Inútilmente me pregunto estas cosas, inútilmente, no fui el cordero que esperaban, no cerré mis ojos. Hubo un sacrificio y un derramamiento de sangre, esta sangre no solo salvó notas, me salvó a mí misma, salí de la vitrina de lo santificado y me convertí en la loca salvaje que se vengó del perro abusivo que me arrebató mi paz. No honré el perdón, no honré mi figura, no honré mi rol. Honro mi fuerza. Yo no soy un cordero dormido en el altar del sacrificio, no soy el cordero que se entrega al dolor con paz… Yo soy pugna.

Ostracismo

No hay salida, no hay luz, no hay, hay un sol opacado por polvo que no cae ni se mueve… las balanzas doradas que sostengo en mis manos no paran de balancearse y por eso no dejo de temer la caída que amenaza con abrazarme. Sigo, pero le temo al camino, no es fácil avanzar con los brazos extendidos, sin poder agarrar la espada que ceñí a mi pecho para empezar. Nada me cubre y estoy expuesta… El camino no tiene fin y el camino no es más que otra cadena. Otra cadena, una por la que debo caminar. La brisa besa a otros y a mí me empuja. No hay salida, me han dicho que no hay salida.

—El diablo, el diablo, ella es el diablo… —decían una y otra vez.

Ojalá lo fuera, ojalá pudiera dar la contra al mismo destino y a Dios, ojalá pudiera arrastrar dos tercios de los ángeles del cielo conmigo para no vivir mi desgracia sola.

He perdido todo, ya no soy la luna brillante que esperaban agasajar a todos, la fiesta se terminó. Lo único que no pierdo es la lealtad al destino y el azul del cielo. Un hombre se atrevió a sacarme de entre las azucenas y sentenció:

—Si hay alguien que aquí se oponga, que no respire —Nadie pestañeó—. Quieran o no quieran, se va conmigo, ojalá muera.

Un llanto se levantó de Quito; esa ciudad triste, enamorada de los niños que despiertan en sus brazos, resentida porque secaron sus aguas… Ese día la vi rezando para que ningún volcán erupcionara, cuando mi piel tocó su suelo, levantó la cabeza y una vez más vio tiernamente como mi sangre le teñía.

—Dígame usted, puedo volver, ser, temblar y llover… dígame usted, señorita.

—Grita, tú lo viste todo, tú lo has escuchado todo, dilo, di que digo la verdad, dilo porque no me escuchan.

—No puedo… Te veo en los rincones.

Así empezó todo, mis pasos eran los más pesados del lugar, cada respiro mío era un problema activo, latente e insoportable para las personas. No podía sonreír.

—¿Por qué sonríe tanto?

—Estoy contenta.

—Es una exposición académica, no una comedia.

Aún recuerdo esas palabras de una de mis profesoras, Marta, querida Marta, Marta, sueño y pesadilla. Dolor y caricia. Los profesores no maduran, no disimulan, siempre son así… se nota el odio. En las empresas los conflictos sí se difuminan. Pero no, a Marta le apestaba verme. No era la única, no lo era, no era la única, muchas más se

sumaron, muchos más, muchos. Pensaba que terminada la denuncia no me iba a encontrar con más tortura. La encontré, siempre puede ser malo, siempre puede empeorar. Seguía atrapada en el verdadero infierno, podemos llorar, podemos leer, pero siempre cumplir. Estaba libre de él, del profesor, de su presencia, de sus llamadas, de sus golpes… Pero no estaba libre del infierno que trajo a mi muy plana vida. A mi modelada vida, todo tenía un plan, ya no. Nada iba a ser igual. Muchas sonrisas se desdibujaron hacia mí y no me dirigían la palabra, nadie quería escuchar mi voz. Algunos profesores no me daban la palabra en clase, otros no podían verme a la cara… Muchos me recomendaban cambiarme de universidad. Lo intenté. Estaba haciéndolo, mi madre apoyaba esa opción, pero… ¿qué hice yo para irme? ¿Debía irme como él? Ocultándome por los pasillos. No, yo no renuncio.

En Atenas había una práctica política muy popular, el ostracismo. Cada año entre enero y febrero se votaba para que se exiliara a una persona. Se escribía el nombre de la persona a exiliar en un trozo de cerámica u ostra y dado que siempre había mayoría absoluta, se la exiliaba. Una vez determinada la persona, en diez días, debía abandonar la ciudad y permanecer en exilio diez años. La persona por elegir debía ser muy mala o debía ser considerada perjudicial para el desarrollo y soberanía de Atenas. Su propósito era evitar que la maldad gobierne, proteger la democracia y sobre todo mantener la estabilidad. Claro, puras nobles intenciones; con esta medida, Atenas era tan cercano al paraíso que es innegable lo eficaz que era esta práctica.

Recordemos uno de los ostracizados, Arístides, *El Justo*. Resulta que Temístocles influenció a los ciudadanos a creer que *El Justo* era un obstáculo para el buen desarrollo de Atenas y que debía ser exiliado cuanto antes. Cuentan las lenguas más vagas de Atenas que un ciudadano analfabeto (sin saber) le pidió a Arístides que le hiciera el favor de escribir en su trozo de cerámica el nombre del condenado, el mismo Arístides. Muy amablemente, *El Justo* le preguntó: ¿Qué te ha hecho Arístides para merecer el exilio? El ciudadano respondió: *Nada, pero estoy cansado de oírlo llamar 'el Justo'*. Arístides entonces escribió su propio nombre en la cerámica del ciudadano que aparte de ser analfabeto, no lo conocía.

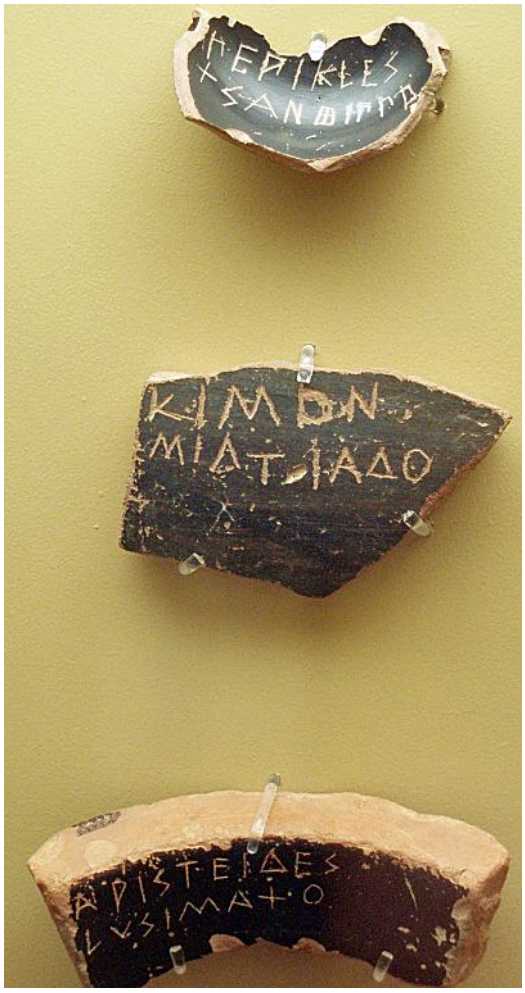


Figura 16. Óstraca (fragmentos de cerámica usados como fichas de votación) con los nombres de Pericles, Cimón y Arístides (de arriba hacia abajo), s/f. Fotografía del Museo del Ágora Antigua en Atenas.

En cuanto al exilio de Arístides, se puede considerar que tenía un tipo de justificación. Los objetivos políticos de Arístides eran totalmente contrarios a los de Temístocles, aunque no fuera totalmente agradable a ojos de cualquiera. Si en la universidad hubiesen hecho una votación para exiliar a alguien, yo habría sido la exiliada. Y pensándolo bien, no habría sido del todo injusto. Mirarme era incómodo para todos, era incómodo para mí. Mi existencia me resultaba estorbosa y también lo era para el resto. Era extraño verme a la cara, nadie quería hacerlo. En clases mis participaciones eran descartadas y todo el ambiente se tornaba pesado mientras yo permaneciese sentada ahí. Dada la denuncia, nadie podía sacarme, nadie podía evitar que fuera… nadie pudo.

No es que yo era lo suficientemente peligrosa como para amenazar la estabilidad de la universidad y su desarrollo. Era incomodidad. Por ello, las medidas que tomaron para mí fueron redireccionadas para lo que se necesitaba. Tenían que convertirme en un fantasma, los profesores son muy buenos en eso. Ignorarme era más fácil si se acordaba

hacerlo entre todos, aunque no hubiese una votación, era claro el deseo popular. Obviamente, no soy la única que ha pasado por este proceso. Por lo general, la víctima acepta el rol, algunas desaparecen y otras consienten el castigo popular haciéndose un fantasma poco a poco. Ser un fantasma tampoco era la muerte, había muchos fantasmas que aprobaban las materias y se graduaban sin tanto alboroto. Era pacífica la solución propuesta.

Al humano le gusta evadir e ignorar lo problemático; ser ciegos para ciertas cosas… Mi amor, qué fácil es no resolver nada; mi amor, qué fácil es no ver… qué fácil es ocultarse. Mi amor, el tiempo pasa y las historias se olvidan, en especial si una no está. Ahora pienso en que hay países que pretenden ignorar a Palestina, simplemente no le reconocen como un Estado. ¿Y qué pasa con las personas que nacieron en Palestina? Las que tienen un pasado, los dueños de Palestina, los dueños de su cultura. No lo sé. Casi un 25% de los Estados no reconocen a Palestina como un estado, y aunque es minoría, me pregunto cómo se dignan a intentar borrar lo imborrable del mapa. Imborrable, es justo lo que era mi destino y mi historia. Dicen que parece falsa y muchos decidieron no reconocerla como verdadera. Es normal. Es más fácil… siempre y cuando el exiliado se resigne a su suerte.

Arístides era demasiado justo como para protestar la injusta condena. Palestina tiene a 139 Estados a su favor como para aceptar la desaparición y no luchar. Yo no soy Arístides, no votaron democráticamente para exiliarme a pesar de que se sabía que así lo deseaban, así mismo no pueden obligarme a desaparecer; y tampoco soy Palestina con el apoyo de 139 Estados que alzan la voz juntos… Lo más fácil habría sido dejarme cubrir con la capa del silencio, sentarme atrás, no abrir la boca y descansar en silencio hasta que mi tranquilidad y yo seamos llevadas por el río hacia el desenlace.

Mi amor, habría sido fácil. Pero no, decidí el camino más difícil. Nadie me vería como un fantasma. Yo elegía el camino de espinas y de pelea. No digo que no me costó. Pero entre más espinas pisaba, más avanzaba. Muy lejos de ser un fantasma, me convertí en espinas yo misma, un ser para nada indefenso, un bosque para nada tranquilo. Elegí gritar para que se me reconozca como lo que era. Saludé a todos con la sonrisa que tanto les molestaba y los miré a los ojos. Ya no me importaba la incomodidad, entre más resuenen mis pasos mejor. Hablaba, interrumpía, dañaba, aplastaba, y busqué defenderme de todo (a veces exageré). Comencé a provocar tanto ruido que nadie podría silenciarme, se encendió una llama y aquel que me tocara se quemaría.

Dormir

Estaba dormida en una cama de perlas, incómoda, dura, preciosa. Era una prisionera en una vitrina, el cristal más bonito, frío, duro, frágil. No sé cuántos carceleros tuve, pero ciertamente fui uno de ellos. Aun no entiendo cómo se construye un humano libre y feliz. Puedo reír y alegrar mi rostro para todos. Puedo cantar mientras trabajo y puedo abrazar a mis compañeros. Pero sé cómo se puede andar a ciegas. Es como una clausura, aprendes a andar despacio, a hablar despacio, a dormir santamente, duermes, no sueñas, solo hay negro, blanco, pureza y cielo. La lucha interminable en contra del instinto humano de amar, volar y caminar con libertad. Se ve el cielo enmarcado en una ventana, todos aquellos que están afuera están equivocados… Pero yo me preguntaba: ¿Por qué soy la encerrada?

Pensaba que la vida siempre tuvo un manual, nunca es difícil vivir si tienes un manual, siempre y cuando no salgas de la clausura y sigas el manual. Entonces, en la clausura te proporcionaban prácticas instrucciones para que la vida fluya de la manera perfecta. Lo que se debía hacer, se debía hacer. Todo empezó con:

> No tendrás dioses ajenos delante de mí. No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas, ni las honrarás; […]. No tomarás el nombre de Jehová, tu Dios en vano; porque no dará por inocente Jehová al que tomare su nombre en vano. Acuérdate del día de reposo para santificarlo. […]. Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da. No matarás. No cometerás adulterio. No hurtarás. No hablarás contra tu prójimo falso testimonio. No codiciarás la casa de tu prójimo, no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo. (Éxodo 20:1-17, Reina Valera 1960)

Lo normal, lo básico, lo clásico, nada malo. Es inofensivo, protector. Todo está bien. Pero las instrucciones no paran de llegar paulatinamente. Un día te dicen que no puedes comer sangre, por tantas razones, y parece que solo se trata de instrucciones para no hacer ni hacerte daño. Todo parece tan bueno. Pero de repente… *debes casarte, lo más pronto, como en antigüedad, para que no se incurra en ningún pecado. Debe ser con alguien de la clausura, no puede ser alguien de afuera. Consigue amigos y pareja en la clausura. Debes perdonar, no importa qué, no importa cuánto, debes perdonar y convivir en paz. Busca la paz con todos, no importa qué, no importa cuánto. Perdona para ser perdonada, o arderás en el infierno, no importa qué, no importa cuánto. No puedes enamorarte de nadie de tu mismo sexo, es maldición, irás al infierno. No oigas a aquellos que no están en la clausura, están equivocados, todos menos nosotros. Baja tu mirada, no seas altanera, no contestes. Se suave, sumisa, el hombre es cabeza… Hila y teje, no*

pelees. Si hay alguien que aquí se oponga, cállese, que no escuchen las niñas. Y así era, nada parecía tan malo si se estaba dentro. Nada parecía tan malo.

Cuando tenía 17 años murió una amiga muy querida mía. Pensé que en ese momento abandoné mi infancia. No. Solo me asustó mucho que Fátima hubiera muerto. La quería, éramos parecidas. Pertenecíamos a la clausura. Teníamos una afición en común, queríamos ser perfectas. Para casarnos a los 24 y tener un buen marido. El problema fue que Fátima desarrolló una obsesión con su peso. Tarde o temprano llegaría el fin de finales, lo sabíamos, pero siempre pareció muy lejano. En la clausura, se comenzó a rumorear que lo que hacía contaba como un suicidio y que Dios repudiaba el suicidio, por ende, que era culpa de Fátima. Todos lo creyeron así. No sé cómo la pasó Fátima, pero salir de la clausura era lo más sano para ella y no lo sabíamos. Dos años después, palpé con mis propias manos esta redirección de culpa.

¿Algo debiste haber hecho? ¿Segura que no eran pareja? De seguro te gustaba. ¿Tal vez le coqueteabas? ¿Qué hacía a las 9 de la noche en la universidad? (Creo que no se acordaban de que mi horario terminaba a esa hora). *¿Por qué no dijiste nada antes? Seguramente, tuviste la culpa. ¿Por qué denuncias? Ay, pero sí es joven, guapo y bueno.* (No sé, señora, métase con él si quiere, pero tramite la denuncia). *Tú, le arruinaste la vida a un hombre inocente.* (Mi vida… mi vida se acabó, de la noche a la mañana, la vida se me fue del cuerpo, se me escurrió como agua por las manos).



Figura 17. Las cuatro cuerdas del violín, 1914. Pintura de 1914.

Solo de pensarlo, siento dolor de cabeza. Fátima terminó siendo culpable de la enfermedad que le dio muerte. Yo terminé siendo culpable del crimen que me dio el suficiente dolor como para repudiar la vida, pero no el suficiente como para morir. Mi vida se había congelado, parecía que no había camino hacia delante y tampoco se podía retroceder. Sentía que el camino se desmoronaba bajo mis pies y que la vida no tardaría en acabar. No terminaba, no terminó. Sigo aquí con parte de la agonía en las manos, porque no se olvida, no se olvidará, se debe vivir con ello. Tuve que salir de la clausura, en un inicio, salí porque no encaja con su perfección, ningún buen esposo me elegiría y nadie debía enterarse de lo que me pasó. Claro, era vergüenza y me quedé sin honor, como si yo hubiese sido el criminal. Es lo mejor que me pasó, pude alejarme de esa clausura y aunque salí en medio de angustia y agonía, fue lo mejor que me pasó. Salí de la clausura, salí de la pecera, salí de la vitrina, rompí mi vaso de cristal puro y frágil. Entendí que no había tal perfección y que nadie pretendía alcanzarla. Tuve mucho que romper y construir, mucho que hablar y mucho que pedir. Tenía mucho que dar y mucho que demandar. Tuve mucho que remendar y mucho que destruir. Empezó la eterna lucha de la recuperación. Todavía me encuentro peleando, ha sido difícil destruir lo que mantuvo mi mente en un estado somnoliento los primeros 20 años de mi vida.

La recuperación tiene tantas fases y formas, ningún orden está mal y ningún orden está determinado. No te preocupes por el orden. A veces solo necesitaba dormir, día y noche; a veces, llorar, día y noche; a veces necesitaba mandar a la mierda todo. Dormir fue uno de los estados en el que más tiempo estuve atrapada. Después de caminar por el infierno, no tuve oportunidad de dormir bien en mucho tiempo. Tenía pesadillas, a veces suelen aparecer de nuevo. Las pesadillas tienen que ver con *el accidente* (poco tiene que ver con accidentes, que alguien te violente y destruya tu vida, pero muchas lo llamamos así), son recuerdos o versiones empeoradas de lo que pasó. En el día, los recuerdos no paran, sientes en tu piel como si estuviese pasando otra vez. En la noche, lo ves, en tus sueños; a veces empeorado. Decidí buscar ayuda, por eso, bueno, no la busqué yo, la buscaron por mí. No dormía, no vivía, no se podía. La ayuda tardó. Cuando pude dormir, se volvió mi actividad favorita; dormía mejor cuando estaba sola en el departamento y, sobre todo, sabiéndome fuera de la clausura… esas iglesias que exigen demás y que se hacen llamar ser perfectas (a esas iglesias me refiero cuando digo clausura por si no te habías dado cuenta aún). Dormía día y noche, a veces no comía, solo dormía; y aunque es lo más dañino de la vida, cabe recalcar, que no fue deliberado. Más tarde mi cuerpo aprendió también a levantarse, a comer.

Otro estado de recuperación relevante que quiero mencionar y enlazar al anterior, le llamo: el arco y flecha. Yo iba por la vida sosteniendo un arco y una flecha, buscaba ataques y estaba lista para disparar. Por lo general, llegas a este estado una vez que aceptas que lo que te pasó no es tu culpa y que, en efecto, existe gente mala en este mundo. Llegas a este estado cuando empiezas a poner límites a las personas que pretenden herirte o condicionarte para hacer lo que malamente desean en el sitio más repudiable de su ser. En este estado, acepté que algunas de las personas de las que debía cuidarme eran las de la clausura. Aprendí que puedo llevar mi fe en paz, sin caer en ataques directos como los que iniciaban las personas de la clausura. Dejé de frecuentarlas no solo por el daño que me infligían, sino también porque estaba un poco cansada de ir lista con mi arco y mi flecha. A veces guardaba mi arco y mi flecha, para dormir. Y a veces dejaba de dormir para preparar mi arco.

Hay varios otros estados que se podrían mencionar, pero yo solo quiero hablar de ellos dos. Tú y tu doctor sabrán de otros, qué reacciones tendrás en tu proceso y tal. Pero dormir es mi indicador; según sea mi sueño, evalúo mi estado actual, créeme, es importante. En la vida, después de pasear por el infierno forzosamente, no se podrá dejar de lado. Se recordará, se revivirá, habrá cosas que te detonen reacciones malas, habrá llanto, habrá tristeza, habrá algo que lamentar, habrá que vivir con ello, habrá que estar lista para dormir, descansar y recuperarse; pero también habrá que estar lista para sacar el arco, la flecha y pelear. Algunos dirán que eres dramática, neurótica, desgraciada, exagerada; no importa, no lo eres, no lo soy.

La vida toma sentido cuando aceptas que el dolor te ha hecho sensible y fuerte. Comprendes las lágrimas, las secas de las mejillas de otras y también te nacen las espinas. Dejas de ser indefensa, tienes tu arco y flecha, crees que puedes matar, no lo harías, pero podrías. Se comprende que la víctima perfecta no es más que un rol, como en el teatro, se puede dejar. Es exactamente lo que intento hacer. Nunca es bueno ser frágil e intentar serlo. Se debe aceptar que la vida es oscura, que los dolores son inevitables y se debe decidir traer luz también. A veces la traigo decorando la casa para Navidad, pintando el estuche de mi celular con acrílicos, cocinando mi comida favorita, comprando lápices de colores, abrazando a mis amigas, tomando una leche con café, comiendo mochis en el centro, viendo la virgen de las flores, la levitación de Santa Mariana de Jesús, bailando Kawleeya, desayunando un batido de avena, comiendo un sánduche de atún, bailando reguetón o escribiendo… como escribo hoy por mí, para mí, por ti y para ti; escribiendo este reniego, renegando contigo. Las personas no somos estrellas, iluminadas siempre,

está bien tener oscuridad. Está bien tener esa extrañeza, ese lado que recuerda el mal y lo comprende. Traer luz no se trata de obsesionarte con que tu vida se vea como un domingo de verano a mediodía. Se trata de buscar aquello que realmente te da lo que deseas: paz, felicidad, tibieza, lo que quieras… la recuperación es lenta, a veces es compleja y medicada, a veces solo tienes que dormir. Un día, me levanté, me duché, fui al trabajo, reí, tomé un té y escribí; encontré mi lugar…

Obras citadas

Girard, René. 2005. *La violencia y lo sagrado*. Traducido por Joaquín Jordá. 4.ª ed. Colección Argumentos. Barcelona: Anagrama.

La Santa Biblia. 1960. Reina-Valera 1960. Miami: Sociedades Bíblicas Unidas.

Müller, Herta. 2009. *En tierras bajas*. Traducido por Juan José del Solar. Madrid: Siruela.

Shakespeare, William. 2009. *Hamlet*. Colección Carrascalejo de la Jara. Santa Fe, Argentina: El Cid S.A.